

VARIA

EDUARDO GIL DE MURO. LARGA CONVERSACIÓN CON DELIBES

ÓSCAR I. APARICIO AHEDO, OCD.

INTRODUCCIÓN

Este artículo lo dividiremos en dos partes. Primeramente, y como introducción al artículo de Gil de Muro, haremos un breve relato sobre la biografía del P. Eduardo y posteriormente mostraremos en unas rápidas pinceladas el contexto histórico. Obviamos la biografía de Delibes por ser muy conocida, hacemos un paralelismo de sus personas. Para a continuación transcribir la “Larga conversación con Delibes” de Eduardo Gil de Muro. Este escrito que reproducimos fue resumido y publicado con este título: “Conversación con Miguel Delibes” en *Reseña de literatura arte y espectáculos*, número 34, Madrid, 1970, pp. 195-206. Ahora damos a conocer su parte más extensa y primigenia. Mezcla magistralmente el estudio de la obra de Delibes desde sus inicios hasta el curso escolástico 1968-1969, que es cuando creemos la escribe el P. Eduardo Gil de Muro Quiñones, con la entrevista que Eduardo, periodista en ciernes, realiza a D. Miguel Delibes. El artículo publicado en 1970 se centra en la entrevista realizada por Eduardo a Delibes, obviando el breve ensayo que Eduardo introduce a muchas de las preguntas que realiza. Creemos que al publicarla íntegramente nos muestra con toda su verdad el trabajo periodístico y literario que Gil de Muro realizó cuando era estudiante de Periodismo en Madrid. Es un artículo de una persona que, contando poco más de cuarenta años y con un bagaje literario y periodístico más que destacable, entrevista a uno de los literatos más reconocidos en estos momentos en España.

El trabajo de investigación de Eduardo T. Gil de Muro, así lo presenta el autor en la portada, lleva por título, con mayúsculas y subrayado, el título de “Larga conversación con Miguel Delibes”. En la parte de arriba y escrito con lápiz, y cerrado en un círculo aparece un nueve numeral. Creemos que el profesor de la Escuela de Periodismo de Madrid lo calificó con esa nota: 9. El artículo posee 34 folios numerados, además de la portada y una página en blanco, rota en su parte inferior. En total son 36 folios. Está mecanografiado y tiene algunas correcciones a mano y en tinta con la caligrafía de su autor. Este documento se custodia en el Archivo Provincial Burgense (APBU) que los Carmelitas Descalzos tenemos en la ciudad de Burgos, en el plúteo dedicado al P. Eduardo Gil de Muro.

Biografía de Eduardo T. Gil de Muro (1927-2012)

Acercarse a la figura de Eduardo Gil de Muro¹, es asomarse a una personalidad poliédrica. Sacerdote, carmelita descalzo, profesor, escritor, cinéfilo, literato, predicador, conferenciante, periodista... Todos estos aspectos y más sirven para encuadrar la figura de este riojano eminente e internacional. Eduardo, nació en la Villa de Arnedo (La Rioja) un 8 de septiembre de 1927. Cuando le cristianaron le pusieron el nombre de Teófilo, pero al tomar el hábito de Carmelita Descalzo en el Burgo de Osma (Soria), como era y es tradición de los religiosos carmelitas, cambió el de Teófilo por el de Eduardo², y se puso el apellido religioso de San José. Fue ordenado sacerdote en Burgos el 29 de marzo de 1952. Estas fueron sus conventualidades:

Calahorra (junio-sept. 1952): Profesor de humanidades; Premio de poesía Centenario Escapulario y Director de *Élica* (revista de poesía de la Editorial Monte Carmelo de Burgos).

Valderas (sept. 1952-sept. 1957): Profesor, Director de la Juventud del Carmelo y Escritor del libro *Lumbre de lo barroco*.

Montevideo: (nov. 1957-abril 1961): Director de la Revista "Lluvia de Rosas", Profesor del Colegio de las Teresianas y cátedra de Filosofía en el Instituto Católico de Montevideo, Fundador del cineclub FAX, Secretario de la Federación Uruguaya de cineclubs, Premio "Vittorio de Sica" de crítica cinematográfica.

La Paz: (abril 1961-sept. 1964): Director de Cursillos de Cristiandad, Asesor diocesano de la Legión de María, Fundador del cineclub *Luminaria*, Crítico de cine del vespertino Última hora, Colaborador *Radio fides*, Asesor nacional de Medios de Comunicación.

Oviedo: (sept. 1964-junio 1968): Director de la Juventud del Carmelo, Director espiritual de Cursillos de Cristiandad, Asesor del Movimiento Familiar Cristiano

1. APARICIO AHEDO, Óscar, I., "Bio-bibliografía del P. Eduardo (Teófilo) Gil de Muro Quiñones (1927-2012)", *Monte Carmelo*, vol. 130, Burgos, 2022, pp. 125-151.

2. No confundir con su hermano de sangre Eduardo Gil de Muro, que también fue sacerdote, luego secularizado y que al bautizarlo le pusieron el nombre de Eduardo. Pienso que Teófilo se cambió su nombre por el de Eduardo, que ya siempre conservó, como homenaje a su hermano. Así quedó reflejada la muerte de Eduardo Gil de Muro, no nuestro protagonista, sino su hermano: "Fallece a los 66 años el escritor riojano Eduardo Gil de Muro. Eduardo perteneció a la saga arnedana de los Gil de Muro. Él y sus hermanos abrieron las ventanas del mundo a muchos riojanos a través del cine, la música y el teatro en los años 60, 70 y 80. A principios de año publicó el libro De los valores del cine al cine de los valores. Su última obra reflejaba la pasión cinéfila que respiraba y la visión humanista de su gran afición.

Gil de Muro fue sacerdote en su juventud. Un cura del pueblo y de pueblo con gran capacidad intelectual. Como sacerdote y como hombre fue una persona de compromisos y valores que fue sembrando por numerosas localidades de La Rioja, pero también de Soria y Zaragoza. Durante más de tres décadas fue uno de los grandes divulgadores del cine y uno de los mayores impulsores de los numerosos cineclubs". Consultado el 06/05/2022 en https://www.larioja.com/prensa/20070623/cultura/fallece-anos-escriptor-riojano_20070623.html

Madrid: (Junio 1968 - Sept. 1999): Carrera de Periodismo en la Escuela Oficial del Estado, Redactor de la Agencia *Coprensa*, Redactor-Jefe de la revista *Teleradio* (TVE). En TVE: Director de *El día del Señor*, *Últimas preguntas*, *Pueblo de Dios*. Cronista de ABC (*Ir a misa*), Colaborador de *Familia cristiana*, *Reseña*, *21 rs*, *Banda azul*, *Magisterio español*, *Vida Nueva*, *Marca*. Premios: *Bravo* y *Juan Ramón Jiménez*. Director de “Misa Internet” para Mensajeros de la paz.

Burgos (sept. 1999-sept. 2012). Conventualidad de Burgos-Imprenta el 15 de mayo del 2000. Conventual de la Comunidad de Burgos: Imprenta-Editorial (2000-2008). Superior de la Comunidad de la Virgen del Carmen (2008-2011), siendo el primer superior tras la unificación de las Comunidades denominadas Colegio e Imprenta. Colaborador habitual en la Revista “ORAR”, Miembro del Equipo Editorial Monte Carmelo.

Los datos que a continuación transcribimos, son aportados por una síntesis biográfica que el P. Eduardo presentó³ para entrar en la Escuela de Periodismo de Madrid, a finales de los años sesenta del pasado siglo XX. La carrera la comenzó en 1968 y la terminó en 1972, defendiendo su tesina en 1977. Esta síntesis biográfica la realiza un poco antes de escribir su *Larga conversación con Miguel Delibes*.

“Nací en Arnedo (Logroño) en 1927. Tenía entonces mi pueblo unos 4.000 habitantes. Era un pueblo sencillo y agrícola. Sus gentes estaban a media distancia entre la importancia de un partido judicial y la falta de comunicaciones con el exterior. A lomo de caballo o mansa burra, los pueblos vecinos llegaban hasta nosotros los días de mercado. Eran los lunes y en la plaza pública se vendía todo.

En una fiesta patriótica de homenaje a la bandera recuerdo que recité unos versos. Era la primera vez que me asomaba ante un público. Yo tenía ocho años y una nerviosa voz que se me timbraba en exceso cuando llegaban los momentos líricos. Me parece que me aplaudieron bastante, cualquiera sabe.

Antes de los trece años, en mi pueblo hubo varios acontecimientos: unos sucesos sangrientos entre obreros y guardias civiles, el paso de las tropas de García Escámez camino de Somosierra. Las hogueras que se encendieron en todos los montes vecinos cuando terminó la contienda nacional y un toro de seis años al que – ensogado – se le corrió varios días por todas

3. APBU, Plúteo del P. Eduardo Gil de Muro, Escrito de 15 páginas mecanografiadas, lo divide en seis epígrafes. El primero es su Síntesis autobiográfica que recogemos en este artículo; el segundo lo titula: *Mis Viajes*; el tercero lo titula *Mis lecturas* y en el cuarto presenta los diez libros que han hecho mella en él y cita los siguientes libros: *Las Confesiones* de san Agustín; *El poder y la gloria*; *Fortunata y Jacinta*; *Las Cautelas* de san Juan de la Cruz; *Hijos de la ira*; *Campos de Castilla*; *La luna nueva*; *Epístolas de san Pablo*, *El críticón*, y *San Manuel Bueno, mártir*. El sexto lleva por título: *El mundo que me rodea* y el último responde a la pregunta de *¿Por qué quiero ser periodista?*

las calles del pueblo. Las calles estaban empedradas, el toro se deshizo las patas sobre las durezas de los cantos y unos cuantos mozos tuvieron que ser asistidos de diversas contusiones y algún puntazo. Por cierto que – puestos a hacer el burro – los mozos subieron al toro al balcón de ayuntamiento y pretendían obligarlo a que soltara un discurso. El toro no pronunció nada, pero estuvo allí.

Empecé mi carrera eclesiástica a los trece años recién cumplidos. Las Humanidades las cursé en Calahorra, en un modesto Seminario que tienen (tenían) allí los PP. Carmelitas. Con las letras se vino el hambre. Juro que he pasado hambre de verdad, hambre físico de pan y alubias. Los doce años de mi carrera coincidieron de punta a cabo con aquellos doce años en que en España eran casi idénticas las cartillas de racionamiento y la cédula personal.

De Calahorra pasé a Burgo de Osma en las tierras machadianas de Soria. Un año de noviciado regular, intenso, ascético, duro de frío y de espiritualidad a todo pasto.

En Burgos –siete años de residencia en la patria de D. Rodrigo– cursé filosofía y teología. Allí me ordené de sacerdote el 29 de marzo de 1952. Deberé decir que fue el día más intenso de mi vida. Ser cura –perdón por la confidencia– es encontrarse a sí mismo profundamente desconcertado y profundamente desconcertante. Tuve que hacerme verdadero esfuerzo personal para creer que mis palabras eran capaces de consagrar una hostia y de absolver a un hombre en pecado.

Tenía yo por entonces aficiones literarias. Había dirigido una revista de poesía sacerdotal carmelitana (se refiere a *Élica*). Había escrito mis primeros artículos para alguna revista piadosa (*Ecos del Carmelo y Praga*) y para las páginas de algún periódico local. Incluso había ganado un premio nacional en unos Juegos Florales de 1951. Tenía también en prensa un pequeño ensayo histórico-crítico acerca del fenómeno barroco en la España del diecisiete. Eran todos ellos –libro y artículos– los primeros hijos de mi corto ingenio. Criaturas en agraz, iluminadas y torpes. Lógicas de mis pocos años.

Durante cinco años expliqué literatura y lengua en el Seminario de Valderas, en León. Y las circunstancias imprevisibles de toda vida conventual me pusieron en 1957 camino de América. Yo debía ir al Uruguay, a Montevideo exactamente. Embarqué en Vigo. En el barco –Juan de Garay– iban unos doscientos emigrantes predominantemente gallegos. Íbamos también ocho curas. Ninguna monja. Esta vez no iba ninguna monja. Los gallegos cantaban interminablemente y todas las noches las morriñas de su tierra. A mí me apenaba ver el alma de aquellas gentes asomándose a sus cantos.

En Montevideo –tres años y medio– hice de todo: profesor de filosofía, profesor de religión y literatura, predicador más o menos oficial de la parroquia, asesor de grupos del Movimiento Familiar Cristiano... Además, empecé en serio con el cultivo al máximo de una vieja afición: la cinematográfica. Creé un Cine Club que todavía existe y tiene la friolera de 600 socios en activo. Escribí centenares de notas críticas, dirigí cine fórums, di alguna

semana de formación cinematográfica, tuve serios disgustos por naturales discrepancias de criterio con algunas oficialidades, integré la Federación Nacional de Cineclubes, llegué –cura y todo– a Secretario de la misma.

Quizás por esto y alguna otra cosa, de Montevideo me enviaron a Bolivia, a La Paz. (...). También hice de todo: escribir, predicar, fundar otro cine club, crear la Oficina Nacional de Cine, asesorar al Movimiento de Cursillos de Cristiandad, vivir en una parroquia de 25.000 almas atendidas por cuatro sacerdotes.

Desde 1964 resido en España, en Oviedo. Me costó lágrimas y nostalgias dejar las tierras fraternas de América. Vine como drogado, como sin quererme convencer de que dejaba aquello para siempre. Creo que no lo he dejado del todo. Todavía (pág. 3) alimento la confianza de volver alguna vez. Y mientras tanto escribo notas para los periódicos bolivianos –“ÚLTIMA HORA”– y escribo cartas a las gentes que me quisieron, a las gentes que yo quise.

No soy ya una criatura. La cabeza se va cargando de experimentales canas. Al corazón lo encuentro a veces como cansado, como decepcionado y triste. Trato de animarlo y lo siento a veces como si de nuevo empezara a vivir y amar a todos. Entonces me gusta ser cura, sentirme sacerdote para todos.

En estos cuatro años de residencia española postamericana, también he trabajado en bastantes cosas. No he creado un cine club pero ahora mismo estaba a punto de lograrlo. Sí he dado bastantes cursos de formación cinematográfica y he dirigido coloquios sobre películas “difíciles”. Doy frecuentemente conferencias y charlas. Predico bastante. Creo modestamente que con bastante aceptación. Lo digo porque es fácil que me repitan los púlpitos.

Y ahora, me examino de ingreso en esta escuela de Periodismo. Es una experiencia más. Una importante experiencia que hace mucho tiempo quería hacer aunque sólo ahora vea clara la oportunidad de realizarla. La vida –por lo menos la periodística oficial– también empieza para mí a los cuarenta años”.

Con estas palabras Eduardo resume lo que ha sido su vida hasta este año de 1968. Unos meses después se encontrará con Miguel Delibes y le realizará la entrevista que a continuación vamos a transcribir.

Contexto histórico

La larga conversación con Delibes se redacta a finales de 1968. Año crucial en la historia del siglo XX. En 1968 se produce la mundialmente conocida “Primavera de Praga” período de revuelta política y protesta social en la entonces República Socialista de Checoslovaquia. Fue un intento de democratización social y de descentralización parcial de la economía comunista. Todo quedó en un intento aplastado por las fuerzas militares de la URSS. La importancia del texto que vamos a transcribir radica en que tanto

el periodista (Gil de Muro) como el novelista (Delibes) hablan sin tapujos de éste y otros acontecimientos que se desarrollaban en el mundo en el que vivían. Recordemos también que España en esos años vivía bajo el gobierno (1939-1975) del General Francisco Franco. Gobierno propio de un régimen dictatorial, en el que la censura era un arma de control de los dirigentes sobre el pueblo. Algunos autores afirman que a partir de 1962 y con la irrupción de Manuel Fraga como titular del Ministerio de Información y Turismo hasta 1969, la censura⁴ cambió de sesgo por la baja preparación académica de los censores. En nuestra entrevista indicaremos en su momento oportuno los cambios que se cambiaron del texto primigenio.

Primavera de Praga y censura son dos vocablos que nos introducen en el contexto de esta entrevista. Delibes expresa abiertamente que en España y en Rusia, como curiosidad no la nombra como URSS, se vive en dictadura: “De manera que la novela⁵, en unos medios de dictadura como es España o Rusia, tiene que servirse de ciertas añagazas para exponer unos temas que no puede exponer en un medio de mayor difusión”.

La Primavera de Praga, ya pasada cuando se realiza la entrevista, queda reflejada en estas palabras que pueden ser premonitorias: “Pero, en fin, pienso que esta manera de sofocar la rebelión en Praga se volverá contra el brazo ejecutor. El mundo está lo suficientemente maduro como para no admitir estos ídolos impuestos ni estas situaciones tan tensas. En la misma Rusia surgirán revisionistas del sistema”.

Así define, sin ambages, que España en 1968 vive bajo la Dictadura franquista. Censurar es una palabra que tiene varias acepciones, entre ellas y según el Diccionario de la Lengua Española, formar juicio de una obra o de otra cosa, o corregir o reprobar algo o a alguien. Delibes cree y así quedó escrito que: “Un creador debe tener una libertad mucho más amplia”. O lo que es lo mismo que ninguna obra debiera ser censurada. Nos muestra como la prensa era dirigida por el régimen con estas palabras:

“Recuerdo yo todavía el tiempo en que llegaba una consigna de Aparicio⁶ que decía: “Veinte artículos sobre la escasez de aceite en España”. El hecho, primero era una mentira porque lo único

4. “En 1966, con la promulgación de la Ley de Prensa e Imprenta, desapareció la censura previa y se mantuvo la consulta voluntaria y, para los libros, el depósito legal. Pero la nueva ley —llamada “ley Fraga”— disponía de un famoso artículo segundo, en el que se especificaban las limitaciones de la proclamada libertad de expresión, que se prestaba a todo tipo de interpretaciones por parte de las autoridades; por ello, muchos escritores y periodistas sometían sus obras a la consulta “voluntaria” para evitar secuestros, multas y procesos. Con relación a la situación anterior esta ley supuso un progreso pero seguía manteniendo la ambigüedad y la arbitrariedad, dejando al criterio de las autoridades la interpretación del citado artículo 2”. PEDRO JIMÉNEZ, “Apuntes sobre la censura durante el franquismo”, en *Boletín AEPE* (Asociación Europea de Profesores de Español), n° 17, octubre 1977, p. 4.

5. Se refiere a su novela *El Camino*.

6. Juan Aparicio López (Guadix, 1906 – Madrid, 1987). Fue director general de Prensa en dos períodos (1941-1946 y 1951-1957). Desde 1958 es profesor de la Escuela de Periodismo de Madrid, que él mismo había fundado. Consultado el 03/06/2022 en <https://dbe.rah.es/>

que teníamos era aceite y naranjas, pero había que demostrar que había una gran escasez de aceite para justificar la venta al extranjero y tener unas divisas. Cuando era mucho más sencillo decirle al pueblo: Tenemos necesidad de unas divisas y hay que vender parte del aceite, de manera que a apretarse el cinturón y a tomar menos aceite. Pero no. La prensa tenía que hacer veinte artículos seguidos, consecutivos, diciendo que en España no había aceite y teníamos que resignarnos a tomar menos aceite”.

También en el original el novelista cita a Manuel Fraga, Ministro de Información y Turismo (1962-1969) y jefe de la censura franquista. El novelista pensaba que lo de la libertad de Prensa cacareada por el régimen, con Fraga como altavoz, era verdad. Así lo describe el escritor: “Porque al llegar Fraga, yo me creí lo de la libertad de prensa”. Al final esto no fue así y esta mención al ministro no pasó la censura franquista en el texto publicado.

La Dictadura franquista pasó por diversas fases⁷ y como Franco se sirvió de los diversos grupos según el contexto político internacional (militares, falange, Iglesia, tecnócratas...) a nosotros en este artículo nos interesa destacar que el entrevistador era un hombre de Iglesia, sacerdote carmelita, uno de los pilares del régimen desde sus inicios. Veremos en esta entrevista, como el periodista en ciernes, trata sin ningún tipo de amilnamiento temas de Iglesia y de sociedad. Hecho que nos demuestra como una parte del clero quería un cambio político.

Esta *Larga conversación con Delibes* sirve, aparte de para conocer al novelista Miguel Delibes, para reflejar una época que por desgracia se está olvidando con demasiada frecuencia. El aforismo conocido por todos cada vez se hace más real: “El hombre que no conoce su historia está condenado a repetirla”.

Concomitancias entre Delibes y Gil de Muro

Lugar de nacimiento de ambos es la entonces Castilla La Vieja. El escritor natural de Valladolid el carmelita descalzo de Arnedo. Los dos nacen en la década de los años veinte del siglo pasado, el primero en 1920, el segundo en 1927. Los dos escritores conocen a la perfección el mundo rural y también el urbano. Tienen un amor común: el cine. Los dos son hombres viajados, más Eduardo (por su estancia latinoamericana). También son escri-

biografías/7423/juan-aparicio-lopez. Tanto Eduardo como Delibes seguramente le conocieron personalmente.

7. Como en tantas periodizaciones de la historia los historiadores no se ponen de acuerdo en citar las etapas del franquismo. Nosotros asumimos la que propone el historiador ENRIQUE MORADIELLOS, *Franco: Anatomía de un dictador*, Madrid, 2018. 1ª etapa: 1936-1939, configuración del régimen durante la Guerra Civil; 2ª etapa: 1939-1945, período de hegemonía nacional-sindicalista (Falange); 3ª etapa: 1949-1959: fase del predominio nacional-católico y época del aislamiento internacional; 4ª etapa: 1959-1969: período del desarrollo económico, gracias a los ministros tecnócratas y 5ª etapa: 1969-1975, fase final del tardo-franquismo, definida por la agonía del régimen. En esta última etapa hay que contextualizar la entrevista.

tores, antes empieza Eduardo, más tarde, Delibes, pero el oficio de escribir bulle por la sangre de los dos. Ambos tienen una pasión común: el periodismo. Delibes lo es, tras un vertiginoso año de estudio en Madrid, Eduardo, comienza a estudiarlo cuando realiza esta entrevista a Delibes. Los dos son hombres creyentes, cada uno a su manera, el riojano desde su vocación sacerdotal carmelitana, y el vallisoletano, como un laico comprometido con su tiempo. Al leer con detenimiento y atención la: *Larga conversación con Miguel Delibes*, podemos entrever estos datos que sirven de introducción a este escrito, realizado por un periodista, a un escritor que es periodista y viceversa. Y por último señalar que en 1968 los dos están en la cuarentena de la vida. Delibes tiene ya 48 años y Eduardo 41. Los dos se hallan en su madurez vital, el novelista es ya una persona reconocida y admirada por sus novelas; el periodista en ciernes, tiene la madurez que ha logrado ejerciendo la profesión de periodista (sin serlo oficialmente) pero si oficiosamente por sus artículos tanto de crítica de cine como otros asuntos que venía realizando en periódicos Bolivianos. Por eso creemos que la entrevista que damos a conocer en integridad por vez primera tiene mucho de concomitancia entre dos personas que comparten muchos gustos y aficiones y que pertenecen a una misma generación.

LARGA CONVERSACIÓN CON MIGUEL DELIBES

MIGUEL DELIBES.- / Dirección: Paseo de Zorrilla, Nº.7.

Vive en Valladolid⁸. Valladolid ha sido siempre el remanso ancestral de sus cosas y de sus sueños. Es hombre provinciano. Y el sabor que en él deja la provincia se trasvasa antes y después a sus obras. Viaja a veces⁹. Charla con impenitente facilidad y donaire, cree en la amistad, se ausenta durante largas horas en una tertulia infinita en la que habla de caza y de letras, le gusta tener hijos como si el multiplicar la familia fuera la mejor de las inversiones humanas, escribe a ratos en el periódico en el que vive también desde hace bastantes años, deja a veces de escribir en el periódico porque dice cosas que aún deben estar calladas, concibe criaturas novelísticas, las pare con asiduidad y regocijo, habla por ellas y por ellas sufre, tiene – en fin – el corte y el talante de un escritor de verdad al que de repente le hubieran pasado por encima tres siglos sin darse cuenta de ello. Viejo y nuevo, como las cosas permanentes¹⁰.

Fui una tarde al NORTE DE CASTILLA¹¹ para decirle que quería hablar con él y que me señalase condescendentemente una fecha y una hora. Para

8. Este escrito que transcribimos fue reducido y publicado con este título: "Conversación con Miguel Delibes" en *Reseña de literatura arte y espectáculos*, número 34, Madrid, 1970, pp. 195-206. Ahora damos a conocer su parte más extensa y primigenia.

9. Mucho escrito a máquina y tachado, escrito en tinta: a veces.

10. Esta última frase fue añadida de manera autógrafa por el autor.

11. El P. Eduardo cita siempre con mayúsculas, tanto los libros como los periódicos, así lo transcribimos.

fijar esta fecha y esta hora Miguel Delibes echó la respetable cantidad cronológica de cincuenta y seis minutos. Durante ello hablamos de todo: de cine, de periodismo, de América, de novelas, de sus novelas, de las novelas de los demás, de ese periódico en cuya sala de dirección estábamos, de muchos amigos comunes, de algunos amigos de él, de todos los supuestos enemigos. Y de caza. Con Delibes se puede dejar de hablar de algunas cosas, de muy pocas cosas. Pero no se puede dejar de hablar de caza. Para Delibes hablar de caza es como respirar, como hacer ejercicios sanos de una sana forma de existencia. Pienso que el día que Miguel Delibes deje de hablar de caza, los españoles tendremos que dar baja definitiva a uno de nuestros mejores novelistas y de nuestros mejores conversadores. Otros hablan de fútbol o de toros y escriben libros sobre estas cosas. Delibes habla de caza y, con motivo de la caza, escribe soberanos libros.

-Su padre debió ser un gran cazador, ¿verdad?

-Lo fue, efectivamente. Y a mí me llevaba consigo. Cuando él murió yo creí que la vida no tendría sentido si un día desapareciera la caza.

Cazar no es sólo soltar perdigonadas y tirar patas arriba a la pieza que se ha cruzado ante el cañón de la escopeta. Cazar, para Delibes, es establecer un cordial y sustancioso trato con una naturaleza pródiga en misterios, ofrendadora de sus entrañas y maternalmente receptora de todas nuestras inquietudes. Cuando el campo está ancho y empieza a salir por el horizonte, uno puede irse trocha adelante a ver cómo pulula la vida tremenda que en estas pequeñas bestias salta y se mul [tiplica] (fol. 2) con signo de ardiente desafío. Lo importante no es matar. Lo importante es descubrir este duelo, aceptar esta manera de plantarse en un mismo campo el animal y el hombre, tratar de dominar esa reserva de instinto que en el animal existe con la capacidad de ingenio que el hombre ha inventado. Cuando se hace de la caza una forma de matanza animal, de abuso de la fuerza y de prepotente desprecio, entonces esta caza ha perdido todo contacto con la naturaleza. El campo se convierte no en camino por el que uno llega al encuentro de sí mismo y de sus mejores raíces, sino en el mudo testigo de una impresionante forma de adulteración y machada.

Sin que haya que ascender mucho a la línea de los parentescos por sangre, Miguel emparenta con el compositor Leo Delibes. Es bueno señalar esta raíz armoniosa a un hombre que luego uno pensará que es un disperso. Su padre era abogado, hombre de honestas leyes sabidas y llevadas a los hechos. También es bueno decir esto para que nadie crea en un Delibes-campero-anárquico. Profundamente religioso, aunque haya que advertir [también]¹² que su religiosidad es de las que andan despiertas ahora, en esta hora de crisis para el pensamiento y las adaptaciones socioreligiosas.

Corazón de Castilla para su cuna, corazón de Castilla para sus letras y corazón de Castilla para sus mejores inquietudes. Cuando sale de aquí,

12. Palabra tachada en el original.

tiene urgencia de volver a su rincón. Castilla marca a Delibes como [con] un hierro de hacienda privada e insustituible cordial, tembloroso en la amistad sincera, rudo en la dulce expresión de lo que siente, con el socarrón humor de quien ve pasar las cosas con doliente melancolía, sincero hasta el compromiso, leal hasta no necesitar juramentos ni frases engoladas.

Lo comienzan a educar unas monjas. Lo terminan de educar unos frailes sencillos del mismo Valladolid. Ni ellas ni ellos lo han convertido en un “beato” al uso. Tampoco lo han asustado a la hora de hacer frente a la cruda verdad de las cosas. Lo mejor de Delibes es su manera personal e intransferible de colocarse ante la vida, de verla las vueltas con que turbia o claramente reacciona y de colocarle después los vocablos convenientes para que la vean los demás – si es posible – como él mismo la está viendo. Campo adelante en las largas horas de la caza, a Delibes le ha quedado siempre mucho tiempo para la reflexión y el cavilamiento. Dialoga “con el hombre que va con él” en esas soledades hondas que son el tiempo y la tierra. Lo hizo desde hace muchos años y ahora el diálogo le fluye con natural espontaneidad. No tiene culpa Delibes si alguna vez – siempre – dice las cosas como son y llama cada criatura con su nombre. En la tierra que él está acostumbrado a pisar nadie tiene otro nombre que el que Dios le dio y todos conocemos: el (fol. 3) conejo es conejo, el hombre es hombre, el matón es matón y allá cada uno si quiere cambiar alguna vez estas naturales metafísicas. A los once años tuvo por primera vez una escopeta de uso personal. Le fue algo más que un utensilio para el deporte o el reconcomio de los chicos que no la tenían. Mirar por el ángulo de tiro era como elegir paisaje y cosa, acción a realizar y dominio propio a la hora de hacerlo. Todo el campo estaba por delante. Y se hacía la opción de aquel estrecho camino por el que tenía que ir – con la mirada – un proyectil que haría blanco.

La cita es en su misma casa, el 4º piso del paseo Zorrilla, nº 7¹³. Hablar con Miguel Delibes es hablar con una persona dispersada a la vez y matemáticamente centrada. Tengo la impresión de que es contradictorio, deambulante interior, hombre solicitado por todo ruido, criatura atenta a cualquier movimiento de las cosas. Cuando estudiaba en el Instituto Zorrilla de Valladolid ya se decía de él que era un niño «de mirada lánguida y un poco triste», pero que a la vez era “el más alegre y juguetón”. Yo creo que actualmente acontece lo mismo con la primera impresión que pueda producirnos.

Su voz es grave y, de entrada, su hablar es pausado. Llevaba aquella tarde una especie de zamarra en lana y rebordes de cuero. Se sentaba y había que presentarse. No exigía nada, pero prestaba atención a todo. Y comenzaba a hablar. Tiene el don de lo preciso, la forma exacta de decir lo que quiere y hacer estallar mil sugerencias, dejar colgada una impresión y volver inmediatamente sobre ella para terminar de aclararla. Sugestivamente vital, es, sin embargo, un hombre al que le pesa siempre sobre el corazón la presencia terminal de la muerte.

13. Frase autógrafa.

Cuando terminó el bachillerato, España se incendiaba con una guerra fratricida. A Delibes la cosa le cayó como un particular bombardeo de la conciencia. Valladolid hervía en la contienda. Ahí cerca, a unos kilómetros nada más, estaba un Madrid cargado de ansiedades. Los soldados improvisados¹⁴ de la primera hora salían para el Alto de Somosierra. Las clases de la Universidad pegaban solitarios portazos. Y el joven universitario que él podía haber sido se quedó en un alumno de Escuela de Comercio que -por las tardes- hacía también dibujos y caricaturas mientras mataba el tiempo en unas clases de “modelado y escultura”.

La guerra fue un trauma, una especie de subversión interior al compás de la sucesión trágica de los acontecimientos. La escopeta de caza se convirtió en un fósil. El muchacho provinciano, que se cerraba a gusto¹⁵ entre el horizonte y la ciudad de Castilla, sintió el vértigo del mar. Miguel Delibes dice que él necesita la tierra para pisar tranquilo. Un avión lo marea e indispone. Pero se fue voluntario a la marina. ¿Por qué el mar? ¿Por qué la inseguridad de las olas?... Pero, ¿por qué la guerra? Su obra quedará señalada por estas latitudes encontradas hombres que no saldrán nunca, frente a hombres que se irán casi para siempre. EL DIARIO (fol. 4) DE UN CAZADOR tendrá su versión marinera en EL DIARIO DE UN EMIGRANTE y en LA PARTIDA. Y ambas cosas a la vez estarán autobiográficamente detalladas en su primera novela: LA SOMBRA DEL CIFRES ES ALARGADA.

Lo que dirá Delibes es que todo es “camino”, maneras de ir al encuentro de una providencia, formas de desarrollar la larga jornada de una vida. En la vida de Miguel Delibes parece que éste ha sido también el signo más frecuente. El hombre pacífico va a la guerra; el hombre de tierra adentro se lanza a la oscura plataforma del mar; el universitario que no pudo ser, se dedica a profesor mercantil; el narrador que sería, hace caricaturas y estampas navideñas; el tímido y retraído en el fondo más auténtico de sí mismo, hace cursos y carrera de periodista. No parecería sino que en todos los caminos alguien va torciendo el rumbo para que, al cabo, se realice una misión en la que jamás se había pensado. ¿Por qué ha dirigido Delibes una revista de poesía -HALCÓN- cuando él mismo ha declarado que “me interesa poco la poesía y en realidad nunca hice un verso y leí pocos?”. ¿Por qué hizo crítica de cine? ¿Por qué, increíblemente, hace unas oposiciones al Banco Castellano de Valladolid?; ¿Por qué las gana y comienza a ejercer ese antipático empleo de una mesa de despacho, una silla y unos números?

Miguel Delibes me ha dicho que escribe “a golpes de intuición”. Y que concretamente su SOMBRA DEL CIPRÉS es el producto de una de esas situaciones en que al intuicionismo natural se añadió la necesidad urgente de emplear un tiempo que le sobraba por los cuatro costados;

“Yo nunca pensé escribir hasta los 26 años y entonces lo hice quizás porque después de preparar unas oposiciones que me exigían estu-

14. Palabra escrita a tinta. La primera mecanografiada era “elementales”.

15. La palabra mecanografiada y luego tachada era: complaciente.

diar 14 horas diarias, cuando gané la cátedra me encontré con que trabajaba 2 y me sobraban 12. Yo tenía que hacer alguna cosa en esas doce horas diarias porque siempre he sido un hombre activo”.

Y se puso, así, sin más bagaje, a hacer esa novela principiante y honda que es EL CIPRÉS. No es que anteriormente no hubiera escrito nada. Pero lo que había hecho había sido siempre sin pensar en una consecuencia y – por usar términos cinegéticos – “a salto de mata”: un cuento que se ha perdido, algunas crónicas en EL NORTE DE CASTILLA y las críticas de cine a que hemos aludido. Por sólo estas producciones no se podía rastrear aún al escritor fecundo y preocupante que hoy es Miguel Delibes.

Lo de LA SOMBRA DEL CIPRES ES ALARGADA se prepara exclusivamente para el premio Nadal. No era una urgencia interior la que llevaba a Delibes a novelar el tema. No ciertamente porque no lo sintiera, sino sencillamente porque la vocación de novelista no había roto aún esa capa de timidez y retraimiento que a Delibes le costaba entonces romper igual que si fuera una secular costra. Delibes se había (fol. 5) casado en 1946. Alguna vez ha declarado públicamente – en dedicatorias de sus libros – que Ángeles, su mujer, es “el equilibrio, mi equilibrio”. Posiblemente en esos dos domésticos años que van desde el casamiento hasta la consecución del Nadal, fue la esposa la que estimula esa secreta dinámica que había en Delibes y que corría el riesgo de no integrarse nunca o de aparecer solo a borbotones dispersos. Y empezó a escribir a toda prisa para llegar a tiempo al Nadal.

“Entonces tenía ese tema de LA SOMBRA DEL CIPRÉS ES ALARGADA muy madurado más que como tema, como obsesión de mi infancia. Y cuando tuve tiempo, le di forma. Una mala forma, una torpe forma, pero le di forma. Y como aquellos señores del Nadal dieron en la idea –quizás porque el tema era un poco escalofriante y angustioso– de distinguirlo, de darle el premio Nadal, yo, como no conocía a ninguno de aquellos señores de Barcelona, pues pensé que a lo mejor podía decir alguna cosa con la pluma y así se operó todo. Es decir, que si estos señores no me hubieran dado el Nadal, pues yo a lo mejor habría soltado este libro y no habría seguido escribiendo. Es muy posible. Habría tenido la suficiente humildad como para aceptar el fallo en contra. Pero, claro, yo fui el primer sorprendido. Luego, a la altura de estos 20 años que han transcurrido, o 22, pues comprende que aquellos hombres se impresionaron más que por el tratamiento y la narración, por el tema de la narración”.

Aquellos señores del Nadal, a los que Delibes no conocía, es posible que también reconocieran en las formas de Delibes – por muy principiantes que fuesen – algo más que el servicio que prestaban a un tema inquietante. Por de pronto, a la final del premio habían llegado obras de gente que empezaba a sonar o que ya era importante: Rosa María Cajal, Ana María Matute, Pombo Ángulo. Delibes era un desconocido. Vázquez Zamora cuando fue a Valladolid a entregar a Delibes las 15.000 pesetas del premio creyó que iba

a encontrar en la estación, esperándole, a un venerable profesor mercantil, [o a un viejo marinero]¹⁶. Se encontró con un hombre joven, deportivo, con cierto aire de “paleta” provinciano, como a Delibes le gusta llamarse. Aparentemente el tema de LA SOMBRA DEL CIPRÉS era el menos atribuible a un individuo de estas actualísimas y jóvenes condiciones.

LA SOMBRA DEL CIPRÉS ES ALARGADA supone verdaderamente esa “historia de un pesimismo” de que se habló en determinado momento. Contra lo que pueda parecer cuando se habla con Delibes, la verdad es que este hombre se confiesa pesimista, fundamentalmente triste, imprecisamente angustiado.

“Yo no soy nada optimista. Procuro enmascararme, pero no soy nada optimista. Y esta obsesión de la muerte es una obsesión que me persigue, y que (fol. 6) al llegar a mis años, pues es una obsesión con tantos puntos de apoyos que uno se asusta. Porque uno llega a los cuarenta años y tiene más amigos del otro lado que de éste. Y no sé lo que sucederá si uno tiene la suerte de llegar a los 70 o a los 80. Uno realmente -y más viviendo en una pequeña provincia en la que uno ha nacido- cree que esto es terrible. Porque pides un aperitivo y lo que tomas son funerales y entierros. No hay día que no baya una esquela de un amigo, de la mujer de un amigo, del padre de un amigo, de un compañero... De manera que este recordatorio tremendo me lleva a no abandonar del todo esta obsesión”.

Pero ¿y de niño también?, cabría preguntarse. Porque he aquí que Delibes hace vivirla obsesión de la muerte al protagonista del CIPRÉS. Después lo hará también con otros personajes de sus novelas hasta terminar en esas CINCO HORAS CON MARIO en las que un cadáver tendido y frío es el espejo reflector de toda una pululante existencia. Y el protagonista del CIPRÉS es una criatura. Una criatura que atraviesa despacio y hondamente la amarga experiencia de esta obsesión mortal. Supuse alguna vez que al niño Delibes pudo haberle ocurrido con la muerte algún dramático e inesperado encuentro que lo dejó marcado para siempre.

“No. Lo trágico es que yo no tengo más experiencia de la muerte que la de la amenaza, que el miedo. Lo único, que mi padre era un hombre que se casó mayor, que se casó a los 42 años. Yo era el tercero. Y cuando quise darme a estos pensamientos, mi padre tenía 60. Y entonces, en el año treinta o treinta y tantos, 60 años eran la media de vida reconocida según las estadísticas. De manera que a mí me dio en pensar que yo tenía padre para poco y me imaginaba los incidentes sin haber contemplado ninguna muerte. De ahí que en mí esta fuera una cosa innata. Y me hizo gracia que muchos críticas de LA SOMBRA DEL CIPRÉS, aparte de muchísimos defectos - son todos los que tiene la novela ciertamente-, dijeran que como defecto sustancial había que señalar que estos pensamientos eran

16. Expresión añadida posteriormente autógrafa.

impropios de un niño a esa edad. Claro, si ellos pensaban en un niño normal, bien; pero si pensaban en un niño revenido, retraído y dado a estos pensamientos y elucubraciones, pues no. Y sobre todo no pueden decir que es imposible, porque yo lo único que hice fue expresar lo que había sentido. Y entonces negarlo es una tontería de crítico fino". (fol. 7)

A Delibes, por aquello de que no se esperaba que él fuera el ganador y por aquello también de que habían quedado en los umbrales del premio algunos nombres conocidos le armaron la marimorena. Nunca ha sido pacífico el curso de las aguas literarias españolas. Con el español que le da a la pluma crecen a la vez las experiencias y la envidia. Ocurre que particularmente los hombres de la capital son puntillosamente susceptibles, y les molesta el que de repente aparezca un provinciano, cuya máxima virtud va a ser la honestidad y el sosiego, y se lleve nada menos que un premio Nadal, sin duda alguna el más cotizado de aquellas estrechas calendas. Delibes jugaba limpio y sin ambiciones. ¿Pero quién podía creer esto cuando ese tipo de condiciones resulta que es uno de los más escasos de nuestros creadores hispanos? Total, que se suscitó "una desagradable polémica". Delibes tenía que seguir escribiendo aunque no fuera más que para demostrar que su novela no había sido el solitario resoplido del asno aquel de la fábula. Juan Luis Alborg ha dicho que a esta novela le sobran algunas cosas: "descripciones y explicaciones excesivas, cuadritos de costumbres que encajan perfectamente dentro del realismo convencional, pero que una técnica más nueva, más vivaz, menos amarrada y ceñida al contorno de cada cosa, gustará de exponer en forma no tan maciza y sí, en cambio, más sugerente y alada, con ese difícil arte de escoger los rasgos auténticamente esenciales" (HORA ACTUAL DE LA NOVELA ESPAÑOLA, Tomo I, págs. 163-4). Hasta que escribió LA SOMBRA DEL CIPRÉS a Delibes no le había preocupado la crítica ni poco ni mucho. Cuando vio que su libro andaba en mano de los "censores", decidió cortésmente hacerles caso. Y resultó que "estos señores me han enseñado mucho". Lo convencieron, por ejemplo, de que era verdad eso de que a LA SOMBRA DEL CIPRÉS le sobraban algunas cosas. Y cuando Delibes ha puesto prólogo a la novela para incluirla en el I Volumen de sus Obras Completas, lo ha dicho con toda honestidad.

Le he preguntado a Delibes qué es lo que juzga que le sobra a su CIPRÉS. Delibes, a la hora de quitar cosas, va mucho más lejos que Alborg:

"La sobra, por de pronto, toda la segunda mitad. Todo eso es un postizo que yo añadí influenciado quizás por el cine americano. De manera que quedaría reducida a la mitad. Luego, la poda literaria que habría que hacer de esa otra mitad, sería despiadada. Llego a emplear repetidas veces un adjetivo -"exinanido"- que no había oído en mi vida y que lo rebusqué en el diccionario. Toda esta fronda desusada y forzada habría que pulirla. De manera que entonces quedaría un librito tipo LAS RATAS que tendría un acento de verdad, puesto que el frío de Ávila y el frío del corazón de este niño berido

por la muerte de su amigo, me parecen auténticos. Pero (fol. 8) es lo único auténtico de la novela”.

Los que dijeron que con el Nadal se le había hecho a Delibes “una buena faena de embarque”, ponían en la frase muy mala uva y peores entrañas. Posiblemente no conocían a Delibes, pero si lo conocían tanto peor. Porque Delibes se asustó. Sintió que de repente había adquirido una responsabilidad superior a sus intentos. Nunca pensó ir para novelista. Ahora parecía que no le quedaba más remedio que seguir adelante en la brecha que acababan de abrirle los hombres que votaron su novela en la noche de Reyes, por cierto que a Baroja le gustó el libro. En una conversación privada se lo dijo así a Miguel Delibes. Y el muchacho vallisoletano de aquella época agradeció el cumplido sincero del viejo vasco escondido en su rincón. Dos provincianos que escribían novelas se hablaban sin cortapisas y a calzón quitado.

Pero había que escribir. Vázquez Zamora, el hombre que le entregó a Delibes los tres mil duros del premio, le dio con ellos algunos consejos importantes. “A partir de entonces -declara Delibes- yo seguía siendo un ser indefenso ante los cuernos de un toro..., pero después de ser aleccionado por Domingo Ortega”.

¿Era esto bastante? AUN ES DE DÍA vendría a confirmarnos que no, que no era suficiente. Sólo con buenas consejos no se puede torear aún. Uno necesita cornadas. Con ellas vendrá la experiencia.

Siempre me he preguntado cómo es posible que AUN ES DE DÍA sea una novela de Miguel Delibes. El pesimismo de LA SOMBRA DEL CIPRÉS ES ALARGADA era un pesimismo racional, un pesimismo lógico y con evidente veracidad. Delibes lo había sentido y estaba convencido de él a pesar de que a muchos les pareciera funambulesco. Pero lo de AUN ES DE DÍA tiene todos los síntomas de haber sido inventado, trucado de antemano y sin posible convicción por parte del novelista. No puedo convencerme de que AUN ES DE DÍA sea la “historia de un optimismo”, como afirma Juan Luis Alborg. No es optimista la novela en cuanto uno excluya el título. Delibes da la impresión de no haber cocido el tema, de haber sufrido una especie de pardo desvarío en el que la innobleza de los personajes se le ha montado sobre la pluma. ¿O es AUN ES DE DÍA un “tour de forcé” con el que salía al paso de quienes opinaban que el ganador del Nadal no tenía ya más cosas que decir?

-¿Por qué hizo usted AUN ES DE DÍA, que es, sin duda, su novela más extraña?

-“Pues la hice para no perder comba. Los entendidos me decían: “No te quemes en la primera novela. Hay que hacer otra enseguida”. Hice caso a los entendidos y me metí con este tarado de Sebastián en una novela de mal gusto y fea, con un humor también que se mea la perra, como decimos en Castilla; turbio, burdo, ramplón, estas cosas de la caspa y estos recursos naturalistas. Pero, en fin, abí (fol. 9) está. Salió al año siguiente del Nadal y, qué sé yo, se hablaba mucho

entonces del novelista de una sola novela, que era un peligro y eso. Había que demostrar pronto que se podían hacer dos por lo menos. Y me precipité. Hoy no tengo esta impaciencia, claro está, pero entonces sí. Y me comprometí a hacer una cada año... Pero fue un error. Un error más. Pero en esto como en todo hay que seguir un camino y hay que aprender y hay que tropezar muchas veces. Lo más sabio cuando uno tiene bienes de fortuna, pues es esconder los tropezones. Tropezas uno para sí mismo, pero lo guarda y sólo saca aquello que tiene un mínimo de dignidad. Pero, claro es, sobre estos tropezones los críticos se expresan y hay críticos valiosos cuyos consejos¹⁷ me han servido y no poco. Y lanzando estas cosas malas y oyendo lo que dicen sobre estas cosas malas, uno corrige sus defectos dentro de sus limitaciones. De manera que no me arrepiento de esto. Por otro lado, tenía muchos hijos y poco dinero, pocos ingresos. Es un proceso normal de mejoría técnica y literaria”.

Un buen estudio de Leo Hickey sobre Miguel Delibes “el hombre y el novelista”, advierte que a Delibes le gusta poco hablar de sí mismo quizás porque al examinarse “descubre en sí cierto desequilibrio, cierta inconstancia en sus humores y en su interés vital”. Mi experiencia personal es que esto no es muy exacto. Mi larga conversación con Delibes me dio la oportunidad de descubrir a través de sus palabras a uno de los hombres más sinceros y expresivos que pueda tropezar alguna vez. Lo más bello, además, es que no duda cuando juzga sus cosas. Puede estar en confusión interior, como apunta Kickey (“diferencia entre lo que ve en sí y lo que le gustaría ver”). Pero jamás produce esa sensación. Recuerda sus cosas más lejanas, las evoca con naturalidad y las juzga -esto sí- con una frecuente severidad. AUN ES DE DÍA le parece un hijo deforme y prematuro, cargado de extrañas reminiscencias.

“Veo resabios de tipo naturalista. Es una novela desagradable. Ya no hablo de que sea triste, es que es desagradable. Porque un cheposo al que le quieren encasquetar una mujer horrorosa, y el hijo de otro..., brrr. Todo un folletín y un melodrama poco agradable”.

-¿Partió en ella de un hecho real?

“Pues no, no hay un hecho real. Lo que hay es más un ambiente muy real: el de un barrio de Valladolid. Es un barrio que me (fol. 10) hacía a mí mucha gracia porque tiene como una autonomía dentro de la ciudad. Se casan en el barrio, se conocen en las misas del barrio, tienen el cine del barrio, tres o cuatro cafeterías del barrio y muy rara vez salen del barrio. Habiendo un paseo general como lo es la calle de Santiago (o habiéndolo en aquel tiempo), pues ellos tenían su propio paseo en las callecitas del barrio. Y esto era una cosa simpática y es lo único que salvo del libro: esa pintura del barrio donde vive ese pobre cheposo. Y nada: dentro de eso y del pesimismo que

17. Palabra añadida posteriormente.

había adoptado en mi historia inicial, salió esta especie de engendro, otro libro cheposo también como el protagonista”.

Para colmo de males, una censura suspicaz y metete hizo polvo el libro de Delibes. Delibes cuenta muchas cosas acerca de sus relaciones con las censuras oficiales de diversas épocas de su vida y actividades: sus tiempos de director en EL NORTE DE CASTILLA, sus encuentros con determinados personajes de la Dirección General de prensa, sus rebeldías naturales ante desmañados ataques... Pensar que, porque el periodismo es un campo más vidrioso aún que el de novela, Delibes ha dicho en solfa novelada muchas de las cosas que querría haber dicho con el cotidiano documento del periódico... Pero, efectivamente, con AUN ES DE DÍA la censura se cebó:

“Lo machacaron. Lo machacaron porque, yo no recuerdo bien los cortes, pero eran de 20 a 30 cortes. Cortes leves y estúpidos todos ellos, pero que rompen lo poco que tenía el libro de unidad. A veces era una página, a veces eran dos líneas, a veces eran dos o tres palabras... Pero como uno no puede sustituir unas por otras sino cortar más, aquello quedó muy desangelado.”

Delibes ha contado una curiosa anécdota de sustituciones por la censura. Resultó que en determinado momento del relato, el corte de la censura obligó a que se sugiriera mucho más de lo que el novelista había escrito:

“Sí, fue con AUN ES DE DÍA. Con el cheposo y su novia. Que están [en] el portal trasero de un convento y ella quiere besuquearlo para..., en fin, ella lo que trata es de tapar lo del hijo y darle un padre. Pero entonces quitaron lo del besuqueo y la reacción pura del muchacho que le dice “No, no, esto no está bien que lo hagamos antes de (fol. 11) casarnos, esto es una porquería”, y claro, quedaba mucho peor. Es decir, que yo había “dicho” mucho más quitando lo de los besos que lo que yo había querido decir en la realidad. Porque daba la impresión de que lo estaban haciendo “todo”. Y así quedó. De manera que en unas manos torpes un libro torpe resulta una obra lamentable”.

AUN ES DE DÍA es, pues, el tropezón conveniente del que se iba a redimir Delibes poco después. Es cierto el acartonamiento de las situaciones, cierta también la truculencia de los episodios, caricaturescos algunos tipos y verdadero ese ambiente barriobajero en el que Delibes sitúa la novela. Delibes es agudo en sus formas de percibir un paisaje. Sus dotes de cazador-finos el ojo y el oído- las lleva a la literatura y esta captación del universo en que se ponen en pie sus personajes es auténticamente exhaustiva. En este sentido da igual la geografía variopinta en que se desarrollan sus novelas: el pueblito castellano, la ciudad provinciana o el lejano mundo de América. Delibes hace a todo con una flexibilidad envidiable.

Ha confesado Delibes alguna vez que él llegó a la literatura “con lo puesto”, y que fueron los críticos los que – al señalarle supuestas influencias – le hacían ver los libros que, por no haberlos leído aún, le convenía leer cuanto antes. Porque antes de su Nadal, Delibes no había sufrido más

influencias que las del CURSO DE DERECHO MERCANTIL de Joaquín Garrigues, “que tampoco es paja”.

“Este libro -donde, como he dicho, aprendí a escribir- es uno de los que yo recomiendo a los muchachos que requieren mi consejo. Ellos se ríen y me dicen: “No bromea”. Pero lo cierto es que cuando digo eso yo no estoy bromeando. Ellos preferirían que les recetase a Kafka o a Faulkner o a Camus que son los maestros que ahora privan, pero yo no lo hago así. Los muchachitos que leen a Faulkner o a Kafka o a Camus se empeñan luego en escribir LAS PALMERAS SALVAJES o EL PROCESO o LA PESTE que da la casualidad de que ya están escritas. Leyendo a Garrigues, en cambio, no corren ese riesgo. Leyendo a Garrigues aprenderán a valorar los adjetivos y a escribir con las frases justas, claramente y con sencillez sin que en ningún momento les pique la tentación -creo yo- de redactar un curso de Derecho Mercantil” (PROLOGO a las O.C., edición “Destino”).

Cuando Delibes leyó fue después y – como decimos – al dictado de los críticos. Baroja, Galdós, Proust, Steinbeck, Dostoievski, Green... No se puede apreciar literalmente una (fol. 12) influencia precisa de estos hombres sobre las formas narrativas de Delibes. Delibes es un sorprendente caso de intuición y penetración personal. Escribe a rachas, por prodigiosos tanteos. Y descubre las cosas y hasta los procedimientos estilísticos con una peculiar espontaneidad. Es decir, lo lleva en la sangre. Creo que él nació para novelista como otros nacen para entomólogos. Lo cual, lógicamente, no es afirmar que no haya cultivado después estas innatas condiciones.

Los abuelos de Delibes tenían en Molledo-Portolín una vieja casa solariega. Miguel pasaba con ellas algunos veranos cuando era pequeño, antes de empezar a estudiar su bachillerato a orillas del Pisuerga. El hombre de campo, caza y horizontes anchos que iba a ser después Delibes, estaba en ciernes ya en el muchacho de Molledo-Portolín al que, calculo, le produjo una grave nostalgia abandonar el rincón montañoso para irse a la ciudad. Un día, pasados ya muchos años, Delibes decide revivir esta vida sencilla y pululante de la montaña y esta vieja nostalgia de la vida infantil. El resultado fue una maravilla de novela que apareció en 1950. Con ella inicia Delibes el supremo dominio de unas formas narrativas que le son particularmente gratas y que ha repetido después en obras como EL DIARIO DE UN CAZADOR, VIEJAS HISTORIAS DE CASTILLA LA VIEJA, LAS RATAS...

Confiesa él que, en vísperas de la publicación de EL CAMINO, andaba como con las fiebres de los estrenistas. De repente había descubierto “su” fórmula personal. Las dos obras anteriores habían sido un tanteo progresivo. Entre LA SOMBRA y AUN ESDE DÍA se puede verificar un cierto acicalamiento de la manera narrativa y una mayor sobriedad. El envaramiento inicial va cediendo poco a poco y Delibes se va encontrando a sí mismo. Pero lo curioso es que viene a encontrarse definitivamente¹⁸ en aquello que

18. Palabra añadida posteriormente.

le resultaba más íntimo y familiar: allí donde él creció y donde comenzaron a echar raíces sus primeros deseos. Allí también donde su propio “camino” comenzó a encontrar las primeras torceduras.

EL CAMINO, apenas publicada, fue obra que se convirtió en prodigioso best-seller. Las razones de este éxito podrían ser bastantes. Pero al mismo Delibes le ha gustado enumerarlas de la siguiente manera:

“La resonancia de EL CAMINO hay que atribuirle en primer lugar a su sencillez. En un momento en que la literatura universal se empeña en experiencias técnicas complicadas, EL CAMINO encierra el valor de un retorno, de un rayo de sol agrietando el muro de niebla. EL CAMINO es una historia simple donde, sin desdeñar las innovaciones técnicas, no se somete a prueba la mente del lector. Al propio tiempo, EL CAMINO representa una bocanada de oxígeno dentro del panorama turbio de la novela mundial de esta hora. El lector está abito de temas desesperanzados, de literatura angustiada y se agarra a los libros transparentes con temblorosa avidez... (fol. 13) Por último, atribuyo el éxito de EL CAMINO al hecho de que en este libro nos encontramos a nosotros mismos cuando éramos niños, nos ayuda a reconstruir un mundo – el de la infancia – brutalmente aniquilado por la técnica moderna. Hoy más que nunca gusta el hombre de recuperar su conciencia de niño, de evocar una etapa – tal vez la única que merece la pena de ser vivida – cuyo encanto, cuya fascinación sólo la advertimos cuando ya se nos ha escapado de entre los dedos. La nostalgia de esa edad en que las debilidades humanas son vistas sin acritud y el diario contacto con la mezquindad y la muerte todavía no ha formado en nosotros una costra de escepticismo, es sin duda la razón fundamental por la que este libro tierno y espontáneo está siendo acogido en el mundo con general complacencia”. (PROLOGO citado).

Yo recuerdo haber leído EL CAMINO sin un solo respiro. Y sé decir que no me sedujo solamente porque era el encuentro nostálgico con una infancia que en parte puede ser la mía y en parte es la de todos. En EL CAMINO hay muchas cosas más: intuición sorprendente, un lenguaje de matemática precisión, una invención imaginativa como hacía mucho tiempo que no se reflejaba en la novela castellana, una frescura virginal, un cariño carismático por cada uno de los personajes, una fabulosa concentración de situaciones y unos tipos humanos de los que uno jamás podrá olvidarse: Daniel, el Tiñoso, las Guindillas, Quino, el cura del pueblo “que era un santo”... Toda la naturaleza castellana está viva en este prodigio novelesco y real que es EL CAMINO.

Le he dicho a Miguel Delibes que es su mejor novela. Delibes, desde estas alturas expertas¹⁹ de sus casi cincuenta años, se resiste a creerlo;

19. Doloridas, era la palabra primigenia.

*“No, yo no lo acepto, no. EL CAMINO tiene una alegría y una naturalidad y una espontaneidad que posiblemente rebasa el nivel medio de mis novelas. Pero, por otro lado, envuelve una seria despreocupación por una serie de temas. Por ejemplo, éste de la Castilla rural que va a preocuparme por esta situación de tensión político religiosa que veo de un interés palmario, el problema del abandono de la vejez en los medios rurales, el analfabetismo de esa pobre muchacha cerril que llega a... En fin, estos son problemas que yo entiendo que, sin abandonar la línea artística, hay que denunciar; sobre todo en un campo como el nuestro donde el periodismo es tan peligroso. De manera que la novela, en unos medios de dictadura **como es España o Rusia**²⁰, tiene que servirse de ciertas añagazas para exponer unos temas que no puede exponer en un medio de mayor difusión. Y esto es lo que he hecho en LAS RATAS a raíz de ser expulsado de El Norte de Castilla, de la dirección, por exponer el tema (fol. 14) rural...”*

Lo siento por el mismo Delibes, pero no acabo de comprender esta posible inhibición en EL CAMINO. EL CAMINO no es obra optimista ni distanciada, a pesar de todo. Incide otra vez sobre el tema de la muerte, que a Delibes le es tan particularmente querido. Incide también sobre la sensación de soledad y ausencia, sobre los desencuentros de los personajes, sobre las fricciones entre unas y otras generaciones de hombres. Quizás no tenga la acidez sapientísima que tiene LAS RATAS o, sobre todo, CINCO HORAS CON MARIO. Pero es igual. Poemáticamente, EL CAMINO es obra insuperable. Y estilísticamente, señala el comienzo de una trayectoria nueva en un novelista al que atrancaba precisamente esa costra del idioma con la que no acababa de romper.

“Sí, sobre esto dijo Vázquez Zamora -y me parece una cosa inteligente- que con los mismos ingredientes de EL CIPRÉS había hecho una novela distinta. Es decir: que con la infancia, la muerte, la separación y un mismo juego, EL CAMINO era un libro optimista y EL CIPRÉS era un libro pesimista. Se conoce que EL CAMINO me cogió en buenos meses de ánimo.”

No sólo eso. Delibes dice que los amaneceres le dan una natural optimismo y que los crepúsculos le entenebrecen el ánimo. Yo pienso que eso es también resultado de una cierta filosofía. Sea cual sea el estado de espíritu por el que atraviesa el escritor, lo importante es que a los lectores llegue aquél que pueda pensarse más adecuado y provechoso. Aparecer siempre bilioso sencillamente porque uno es bilioso por naturaleza, puede ser muy leal al conflicto interior, pero no deja de ser una murga intolerable a quien tiene que escuchar al novelista. Delibes mismo se dio cuenta -al escribir EL

20. Las palabras señaladas en negrita fueron suprimidas en el artículo que apareció publicado en 1970. No es extraño que fueran eliminadas. La dictadura franquista aún seguía ejerciendo la censura y comparar a Rusia con España era mucho decir en esos momentos. Llama la atención que tanto Eduardo como Delibes hablen de estos temas con total libertad. Algo que muestra el sentido de verdad y franqueza de ambos escritores.

CAMINO- de que no se podía avanzar más por aquel sendero²¹ de academicismo fúnebre en que habían florecido EL CIPRÉS y AUN ES DE DÍA. Se necesitaba recuperar con urgencia esa punta de humorismo que ha sido la mejor clave de toda la literatura española. Si Delibes no lo había hecho antes, no había sido ciertamente por falta de disposición interior, sino por ausencia de esa cultura libresca que -bien administrada- es imprescindible al novelista.

“Yo había leído muy poco y creía que la literatura tenía que ser rimbombante, grandilocuente y pretenciosa para que fuese literatura. Lo demás era palabrería, vulgar palabrería. Y me tuve que disfrazar para adoptar un aire doctoral que es el opuesto a mí. Me ponía muy grave para explicar cosas muy simples. Y fue en EL CAMINO cuando me despojé, quizás porque había leído ya un poco más y me dije que todo aquello era estúpido. De manera que yo me estoy imaginando y diciendo: ¿qué soy o que no soy y me cuesta más trabajo y queda mucho peor? Y entonces pues empecé a escribir un poco más naturalmente, como (fol. 15) pensaba y como me expresaba en las conversaciones. Y entonces parece que a los críticos les gustó más EL CAMINO, quizás porque yo estaba más en lo mío”.

Sí, quizás por eso efectivamente. Los creadores tardan bastante en descubrir su verdadera condición y sus particulares aptitudes. Generalmente se dedican a picotear y a tantear diversos terrenos. Cervantes se murió con la nostalgia de que no lo habían admirado como poeta. Y se empeñó en serlo inútilmente. Y no es que Delibes no pueda ser un novelista de “campo afuera”. Pero ha demostrado ser nuestro mejor novelista contemporáneo de una Castilla esencial que está aún en las pardas tierras y en las gentes humildes. Eso es, de verdad, lo más suyo. Y EL CAMINO empieza su gran periplo -aun interminado- por una Castilla humilde y verdadera que él conoce mejor que nadie porque la ha “pateado” muchas veces y en ella vive desde hace cuarenta y siete años²². El mundo pueblerino de EL CAMINO no es producto de la transitoria admiración de un turista. Delibes ha estado allí y conoce a todas las gentes. Delibes sabe quiénes son las Lepóridas, y el herrero, y el cura, y el Mochuelo, y la hija del indiano, y el maestro que se enamorará de Sara, y el Moñigo y el Roque. Si viven estas gentes, viven por arte y gracia de alguien que estuvo con ellos y sorprendió sus pequeñas pasiones, sus ilusiones grandes y esa forma deliciosamente paleta de asombrarse o de sonreírse. Yo le he dicho, por eso, a Delibes que EL CAMINO me parece su mejor novela. Insisto en que me ha dicho que no, que él no lo cree así. Pero habrá que convenir en que es, al menos, la novela que abrió unos cauces distintos a la labor de un hombre que corría riesgo de perderse entre la sucia realidad de las ciudades. Entre EL CAMINO y AUN ES DE DÍA

21. Camino había escrito a máquina y lo cambió en tinta por sendero. Estaba mostrando la obra de Delibes *El Camino* y creo que al autor le parecieron demasiados vocablos iguales.

22. Cuarenta y siete años tenía Delibes, por lo tanto la entrevista se realizó en el año de 1967 o principios de 1968, ya que Miguel Delibes nació en octubre de 1920.

la diferencia de concepción y de economía narrativa es literalmente abismal. El mundo interior de los personajes y la geografía en que se mueven se corresponden admirablemente. Y Delibes ha vivido de cerca una y otra evolución. Lo ha hecho, además, con una frescura e ingenuidad a la que dan aún más vigor el hecho de que los protagonistas sean unas criaturas, unos niños.

-¿Es EL CAMINO uno de sus mejores tratamientos de la infancia? Creo que la infancia es uno de sus temas preferidos.

“Pues sí. Sobre todo es un elemento que manejo a gusto. No sé por qué razones, pero es así. En mis novelas podemos hablar de una infancia normal, como son los niños de EL CAMINO, y de una infancia más o menos patológica, como pueden ser los de EL CIPRÉS o puede ser el Nini, ese niño sabio que sale en LAS RATAS por arte de birli-birloque, es decir, del amor de dos analfabetos y paleolíticos seres, además en un amor incestuoso. Pues, ya ve, (fol. 16) sale este niño sabio. Claro, el misterio de los genes no se sabe hasta dónde llega. Además yo estoy de acuerdo con ese personaje que dice: ¿“Qué es un tonto más que un listo que se pasa?” De manera que lo mismo puede salir un bodoque que un genio. Y éste es un niño-creación. No es un niño tomado de la calle, no es un niño de literatura realista, es una cosa medio ensoñada, medio inverosímil. De manera que como tratamiento de una infancia normal y real, el mayor porcentaje está en EL CAMINO. Pero como niños que puedan tener un mayor interés en su personalidad, me quedo con Pedro o me quedo con el Nini. Para mí, el niño que resume y la obra que resume mi preocupación por temas y por elementos y por problemas sobre los que está el de la insolidaridad creciente de los hombres -que es el que más me alarma-, es LA MORTAJA, de SIESTAS CON VIENTO SUR. Me apasiona ese niño Senderines al que se le muere de repente el padre grandón un día de verano, desnudo, y quiere vestirlo antes de avisar. Pero no puede moverlo porque pesa mucho, pesa más de 100 kilos. Y entonces el niño se dedica a buscar entre los vecinos quien le ayude a vestirlo antes de dar parte, que no quiere que lo vean desnudo. Y una tiene miedo a los muertos, y otro tiene que trabajar, y otro tiene que irse a la ciudad... Y al fin, sólo le ayuda un elemento a cambio de desvalijarle la casita y llevarse el aparato de radio y tal. Para mí este cuento en el que barajo esos elementos que en mí son casi obligatorios (naturaleza, infancia, muerte y prójimo) los resume. Y además resume mi mayor preocupación, porque esta insolidaridad es patente en LA HOJA ROJA, y es patente en LAS RATAS, y es patente en 5 HORAS CON MARIO, es patente en EL CAMINO y es patente incluso en MI IDOLATRADO HIJO SISÍ...”

Delibes se me ha puesto serio. Creo que de un momento a otro se va a excitar y le va a salir a las palabras el castellano nervioso que todos llevamos dentro. Hay cosas por las que un hombre sufre, por las que un hombre es capaz de dejar la vida poco a poco. El consciente y reflexivo Delibes, el cristiano Delibes, tiene su potro indomado: esta convincente y suave ira con

que habla de cosas hondas, esta manera de desmelenar sus meditaciones de muchas horas. No es un moralista al uso. En ninguna de sus novelas ha caído en este vitando hoyo. Pero es hombre con la sinceridad a flor de labios:

*“Yo creo que éste es el mayor mal que nos amenaza desde un punto (fol. 17) de vista moral. Por exigencias técnicas vamos dejando no ya de considerar, sino de ver al prójimo. Vamos a lo nuestro. Hay un egoísmo no ya sólo individual, sino también comunitario, de pequeña comunidad familiar o, a lo sumo, colegial en un colegio mayor. Pero fuera de eso ya no vemos nada. El cristianismo no es trascendente. Por qué, claro, viviendo el cristianismo, en este país que dicen que es tan cristiano tendría que haber un país ejemplar. Si cada tipo que va a misa (aunque no vaya más que el 40 ó el 50%) trascendiera su cristianismo, por lo menos el 50% que no va, que no se siente cristiano, pues sería tentado de ir. Porque, claro, ante un hombre que se entrega a sus semejantes, nadie se resiste, esto es lo cierto. Pero si lo viven sólo para sí, comulgan para sí, para asegurar no sólo la tranquilidad de esta vida sino también la garantía de la posterrena, entonces ya es la quintaesencia del egoísmo. En fin, creo que estos problemas, planteados elementalmente o por medio de los niños, tienen un matiz más patético puesto que los niños pueden plantear los problemas de los adultos a escala de niños. Quizás lo que me lleva a utilizar a los niños sea el hecho de que los conozco porque siempre he vivido con muchos o como hermano o como padre y me interesan y me divierten los chicos...”*²³

Con Delibes es interesante plantear el problema de la novela católica. Si no lo hice esta vez a fondo fue sencillamente porque él me habló bastante bien del libro que sobre el asunto acaba de escribir Leo Hickey. Delibes no se ha propuesto nunca hacer novela específicamente cristiana o proselitista. Le horroriza pensar en esos encasillamientos. Por otra parte y desde que se comienza por hacer declaraciones en orden a tal o a cual asentamiento ideológico, el novelista anda como forzado, como sin posibilidades de caminar libremente por el camino que mejor le vaya. Y si hay algo por lo que Delibes luchará siempre, será precisamente por esta santa libertad de hijo de Dios y de hijo del arte. Los temas tienen que venir a él, no él a los temas. “Me tienen que solicitar. Si no es así, mejor no tocarlos”. Pero el cristiano de hoy que hay en Delibes tenía que aparecer necesariamente en su obra. Y de hecho aparece con mayor o menor virulencia, pero siempre de forma ostensible. Quizás la obra en que aparentemente estuvo más cerca de la novela-tesis sea ese MI IDOLATRADO HIJO SISÍ que en su tiempo suscitó tanta polémica y que todavía ahora mismo es capaz de crear tensión en más de una mente mojugata. (fol. 18).

Delibes, hombre de campo ya en EL CAMINO, decide de repente regresar a la ciudad, donde sigue pululando el egoísmo, la cómoda burguesía, la fácil vida de las apariencias. Le chinchá todo esto. Calculo que además le

23. Curiosamente esta respuesta de Delibes no aparece en el artículo publicado en 1970.

hiere de una manera personal que -en lo referente a esta novela- no sé por qué se me imagina autobiográfico en más de media docena de referencias. Por muchas confesiones que Delibes haya hecho acerca de que sus propósitos fueron hacer una obra dialéctica contra los métodos neomalthusianos y en elogio de la familia numerosa (Delibes la tiene ciertamente y algo de auto convencimiento hay en la novela), la verdad es que por encima de todo eso lo que ha movido una vez más la pluma de Delibes ha sido un deliberado propósito de humillar todo egoísmo y de envilecer aún más las cómodas posturas de la gente chata que abunda también en las estrechas capitales de provincia.

-¿SISÍ es su novela ciudadana, su novela de la clase media burguesa?

-"Bueno, hay novela ciudadana en SISÍ, en LA SOMBRA DEL CIPRÉS, en LA HOJA ROJA, en AUN ES DE DÍA... Pero la burguesía típica española que va desapareciendo porque ya no hay tanto tiempo para ir al Real Club y porque afortunadamente ahora empezamos a trabajar (aunque esto nos pueda llevar aún más a la insolidaridad), la típica vieja burguesía española de los felices veinte, pues sí, es Cecilio Rubes."Las apariencias mandan; pero detrás de las apariencias, lo que se quiera. Mientras no se conozcan las cosas, las cosas no son". Esa es la moral del personaje".

Efectivamente: esta es la moral contra la que Delibes ha escrito una obra densa, cargada de evocaciones, con un sutil humorismo que a ratos está ligeramente intelectualizado, cosa extraña en un Delibes a quien le place mucho más la pincelada neta o -incluso- el brochazo a derechas. Pero MI IDOLATRADO HIJO SISÍ es obra de talento, pensada con fuerza, escrita con un equilibrio clásico y hasta redactada con la autoridad y el criterio de quien se sabe embargado por la trascendencia de un tema importante. Hay otra vez un niño en esta novela y vuelven a aparecer las relaciones infantiles como sustento de una forma de ser. Sisí está tratado con mimo y con maestría. Delibes sabe qué material tiene entre las manos. Y lo toca y lo retoca con delicadeza de orfebre. Sisí va creciendo lentamente -experiencia a experiencia - hasta convertirse en la víctima de una situación absurda.

Pero son este absurdo y su creador Cecilio Rubes los que verdaderamente interesan en la novela de Delibes. El protagonista es el padre. O mejor aún: el protagonista es este torpe y gordo producto de la sociedad "tranquila y confiada" que era aquel pueblo nuestro: "burguesía provinciana chata y mediocre", como se la llamó en ÍNSULA. (fol. 19)

¿Está cerca de Galdós, como sospecharon algunos? Pero Galdós no ha sido precisamente un hombre que le gustara a Delibes. Y desde luego es difícil rastrear en él ninguna influencia. Menos aún puede pensarse en Juan Antonio de Zunzunegui, con el que también se quiso emparentar esta novela. Lo de Delibes es mucho más austero y preciso, menos aparatoso que AY, ESTOS HIJOS.

"Se han metido con esta novela -me dice Delibes-. Y yo no la creo mala del todo. Claro que también la han elogiado. García Escudero

*bizo de este libro un elogio extraordinario diciendo que era la mejor novela española del momento y el estilo más maduro. Pero es que esta novela está tratada con humor. Este personaje -Cecilio Rubes- realmente es un ridículo tan aparatoso, que queda al final como un guiñapo, estrujado, y lo tiro por el balcón, pero que nos ha ido aleccionando **al rebote**. Todo lo que hace este hombre nos parece peregrino y estúpido, **de manera que en este sentido se consiguió la ejemplaridad**²⁴.*

Sí, lo bueno fue esto: que su ejemplaridad se nos diera de rebote. Habría sido tremendo que Delibes hubiera caído en el sermón ejemplarizante. Si estos seres de su novela eran seres “muertos”, su lección tenía que ser la del propio hundimiento y la de la propia podredumbre. Este Cecilio Rubes tenía que ser herido exactamente por el mismo hilo de vida turbia que él había desatado. Cuando llega casi a la vejez, su misma sangre se levanta contra él. Y el hijo que su amante de muchos años espera ahora, no va a ser suyo, sino el hijo de su hijo, el muchacho muerto en el frente de una guerra -absurda también- en la que el mismo Rubes no había creído. Lo curioso fue que cuando muchos levantaban su voz para decir que Delibes había escrito por fin una novela católica, acaso la única novela católica que entonces había en España, otros muchos le tiraron piedras como si MI IDOLATRADO HIJO SISÍ fuera una blasfemia. Delibes se sintió herido:

— *“Cuando apareció, fue sorprendente esto: mucho escándalo, novela inmoral, cruda. Yo la hojeo ahora y digo: “¡Qué barbaridad, qué barbaridad! “Y hace solamente 14 años de esto”.*

Uno recuerda, efectivamente, que fue así. Más aún: personalmente pude comprobar hasta qué extremo apareció como vitando este libro de Delibes y cómo se perseguía esta obra no digo ya en los seminarios ni a los estudiantes de teología, sino incluso a los mismos curas reverendos ya y con algunos años de pastoral encima de la experiencia.

“Ah, sí, sí, lo recuerdo. Pero no hay que ir tan lejos. Esto todavía está aquí. Porque el otro día el Sr. Arzobispo de Valladolid hablaba de Delibes “este escritor pornográfico”, con Jiménez Loza (fol. 20) no, este hombre tan valioso, “cristiano en rebeldía”. Y le dijo:

-Pero, por favor, ¿pornográfico Delibes?

-Eso me han dicho, eso me han dicho,

-Pero, hombre, un arzobispo debe leerlo y no fiarse de lo que le digan cuatro curas ñoños. O se fía de los lectores o compulse la opinión de otros curas que no sean tan ñoños como éstos.

Pero basta esto han llegado. Y el de Segovia, el pobre, al que tuve como capellán ahí en “los Baberos”, me acuerdo, cuando le hablaron de este libro, que dijo: “¡Qué pena de Delibes, tenía buenos principios!”. Claro, esto le amarga también a uno. Porque si eso es un libro

24. Las palabras en negrita fueron obviadas en el artículo.

*inmoral, entonces ya no puede uno dar un paso. Un creador debe tener una libertad mucho más amplia*²⁵.

A mí personalmente el libro me parece hoy exactamente lo mismo que me pareció hace quince años: sincero, sólido, con un exquisito dominio de las situaciones, perfectamente conjuntado en ese medio aire que tiene de drama y de humor, con un magistral tratamiento de la psicología de los personajes y con una buena y sabia voluntad que para sí querrían otros muchos libros de más torpe y elemental intención. Pero me parece también valioso ese testimonio del mismo Delibes en el Prólogo de sus Obras Completas. Testimonio al que únicamente le achaco su humilde condición de aspirar a una disculpa que ciertamente no necesita. Pero el novelista ha debido quedar escaldado:

*“En todo caso, para juzgar un libro no se puede prescindir de la época en que nace, y si MI IDOLATRADO HIJO SISÍ pudo armar un revuelo en la sociedad española un tanto pacata e hipócrita de 1925 -sociedad acerbamente criticada también en esa obra- no era fácil que lo armase hoy, habituados como estamos a llamar al pan, pan, y al vino, vino, y en la que los jóvenes matrimonios en sus veladas de los sábados suelen hablar mucho más despreocupadamente que lo que pueda hacerlo yo en la novela mencionada”*²⁶.

A la mayoría de los críticos de Delibes se les ocurre -se nos ocurre- trazar en su obra una línea de separación: el campo va por un lado y la ciudad va por el otro. El procedimiento es cómodo, pero resulta -por eso mismo- excesivamente simplista. Delibes ha protestado mansamente por ello. Si su obra es “suya” (y pocas obras tan personales como la de este escritor), lo es porque responde plenamente a una situación interior y a una circunstancia externa: su propia visión de las cosas y el modo histórico de vivirlas. Ahora bien, Delibes es un hombre de la ciudad que va frecuentemente al campo. O Delibes es un hombre de campo al que le ha tocado vivir en la ciudad. En ninguno de los supuestos se le ocurre renegar de “lo otro”. Va y viene, eso es todo. Y no le ciega la pasión por el campo como tampoco le ciega el pesimismo por la ciudad. Recuerda Delibes que Torrente Ballester ha dicho una frase tremendamente injusta. Es ésta: “Para Delibes la virtud está en el campo y el pecado en la ciudad”. Nada menos cierto, aunque haya en Delibes una peculiar comprensión y lirismo cuando habla de las gentes campo-adentro. Ello obedece a “un movimiento de piedad ante su abandono”. Delibes lo ha visto de cerca, lo ha vivido, le ha dolido íntimamente igual que podría dolerle una herida en su propio brazo. Y con frecuencia se ha levantado airada y justamente por esta cruenta situación en que se encuentran las sencillas gentes de “la tierra”. Y no es extraño que hayan pasado así a sus libros con toda la ternura de quien las ama apasionadamente y con toda la dureza de quien se lamenta con la ver-

25. Frase que no aparece en el artículo de 1970. Expresión que podía contrariar y mucho a la censura franquista.

26. Párrafo que no aparece en el artículo impreso: *Conversación con Miguel Delibes*.

dad en los labios. LAS RATAS es un ejemplo. Y la Desi de LA HOJA ROJA es una criatura trasplantada, a la que la ciudad ha viciado sencillamente porque su entendimiento no era mucho y porque su experiencia ciudadana era sencillamente nula.

Me dijo Delibes que EL CAMINO no acababa de llenarle porque en él no se había preocupado mucho de los graves problemas que tiene planteados ese universo de gentes que viven en el campo: analfabetismo, abandono de los viejos, miseria material y espiritual, muchas cosas penosas. Creyó también que, sin abandonar los procedimientos de creación estrictamente novelística, tenía que ocuparse de ellos.

“Y esto es lo que he hecho en LAS RATAS a raíz de ser expulsado de EL NORTE DE CASTILLA, de la dirección, por exponer el problema rural. Porque al llegar Fraga²⁷, yo me creí lo de la libertad de prensa. Llamé a los redactores y les dije:

-El problema más grave que tenemos es éste de los pueblos de Castilla. Un abandono íntegro: están de barro hasta aquí en invierno, de polvo hasta aquí en verano, no tienen una mala calle pavimentada, las casas son de adobe, están ruinosas en la mayor parte de los sitios, no tienen el menor ambiente cultural, no tienen ni dos porterías de fútbol con lo económico que resultaría en estas eras de una Castilla llana en que está hecho ya el campo de fútbol pare que quemen sus energías semanalmente. No hay nada de nada.

Ahora el único alimento que hay es la Televisión y es un pobre alimento incompleto y escaso en vitaminas. Bueno, pues empezamos con esto. Luego, estaban los problemas económicos: el minifundio, la imposi- (fol. 22)bilidad de vivir ni con treinta ni con cincuenta hectáreas de cereal. Esto no da ni cincuenta mil pesetas al año. Y enfocamos la campaña en este sentido: el aspecto social y el aspecto económico. Para ello, fotografías, artículos, editoriales. Y entonces empezaron a llamarme a Madrid.

Claro, al señor Jiménez Quiles lo primero que le dije fue²⁸:

-Pero bueno, ¿lo de la libertad de prensa es cierto?

-Pero, ¿cómo no va a ser cierto? Ya no hay consignas. Ustedes pueden hacer lo que quieran²⁹.

-Entonces quiere usted decir que yo miento.

-No, no, ¿cómo voy a discutir yo con usted sobre Castilla? Usted conoce Castilla mucho mejor que yo.

27. El nombre de Manuel Fraga Iribarne no aparece en Conversación con Delibes, p. 201. Se omite.

28. Esta frase fue omitida en la Conversación con Delibes.

29. Frase omitida.

-Oiga, pues si yo le digo la verdad y soy libre para decirla, lo que no me explico es por qué me llama usted aquí.

Claro, era tan categórico aquello, que el hombre dijo³⁰:

-Pues sí, pero es que es usted excesivamente hiriente,

-Pero bueno, si estos señores llevan siglos así, ¿es que vamos a seguir con cataplasmas?

-No, pero es que hay fotografías y hay palabras...

-En fin, ¿qué palabras le molestan a usted?

Y ya lo tomé a broma y saqué una libreta y un lapicero³¹.

-Pues hombre, esto de "Castilla en escombros" y "la ruina de Castilla"... Y yo lo anotaba. Llegué a Valladolid y dije:

-Pues todo igual, pero en lugar de decir "la ruina de Castilla", decir que es muy pobre, y en vez de "Castilla en escombros", decir que se cae Castilla.

En fin, los eufemismos precisos para evitar estas frases y estas palabras³². Muy bien, a la semana siguiente a Madrid otra vez, y otra, y otra, y otra. Yo apuntaba palabras pero aquello seguía igual. Y entonces idearon el maquiavélico³³ plan siguiente: hacer nombrar de la noche a la mañana a un subdirector³⁴.

-Si ya tenemos y j estamos contentos con él!

-No, no.

-Pero bueno, y ¿a este señor?

-Le echan (fol. 23)

-No, lo echa usted -le dijimos al ministro. Usted llama a su Delegado aquí y que lo eche. Y una vez que lo eche, pues nombraremos otro subdirector.

Y en efecto: el Delegado de aquí, Antolín de Santiago, pues tuvo que echar al subdirector: "...por conveniencias del Ministerio, la empresa

30. Frase omitida.

31. Frase no publicada.

32. Frase excluida.

33. Palabra omitida.

34. A partir de esta última frase cambian el sentido de toda la conversación. Para que el avisado lector se aclare, transcribo en esta nota tal y como aparece en el artículo de 1970. "Y entonces nombraron a un íntimo amigo mío. Se fue a Madrid y le dijeron: "Tú eres más director que el director. Tú tienes derecho de veto sobre lo que Delibes ordene. Y si Delibes se desmanda, tú te vas a tu casa". Es decir, el subdirector, no yo. Sabían que a mí no me habían parado con eso porque me habría ido a casa pero con la cabeza bien alta, Y entonces publiqué una nota diciendo que me iba. Y para salida de todo esto escribí "Las ratas". Si yo escribo "Las ratas" en forma de artículos, me habrían llamado muchas veces a Madrid. En libro, todavía no me han llamado", p. 203.

está contenta contigo, pero ya sabes...” Y entonces nombramos a un íntimo amigo mío. Nos dijeron que lo publicáramos, lo publicamos y lo llamaron inmediatamente a Madrid. Se fue a Madrid y le dijeron:

-Tú eres más director que el director. Tú tienes derecho de veto sobre lo que Delibes ordene y si Delibes se desmanda -estas fueron las palabras- tú te vas a tu casa.

El subdirector, no yo. O sea que era el chantaje perfecto. Sabían que a mí no me habrían parado con eso porque me habría ido a casa; pero con la cabeza bien alta. Lo que yo no podía hacer era poner en la calle a un amigo mío que vive de esto. Y entonces publiqué una nota diciendo que me marchaba.

Bueno, ¿pues salida para eso? Escribí LAS RATAS. Si yo escribo LAS RATAS en forma de artículos, me habrían llamado muchas veces a Madrid. En libro, todavía no me han llamado. De manera que evidentemente es una forma de exponer una serie de problemas que en el periódico o está vedado o es muy difícil y muy arriesgado. Porque es que además uno con la novela arriesga lo suyo, pero en un periódico, que es una sociedad anónima, arriesgas una cosa de otros, una cosa ajena y tampoco está uno autorizado para hacer eso, claro”.

LAS RATAS tiene, por todo esto, la virulencia plana de un testimonio y la rabia de una contención. En total posesión de un estilo que ha madurado con el tiempo y manejando un castellano terso y seco de extraordinaria categoría, Delibes ha escrito en LAS RATAS el libro más verdad que tenemos sobre esta Castilla eterna y pobre, melancólica de tristezas y esperanzada todavía. Casi todo el mundo lo vio así. Y es enormemente significativa esta coincidencia de criterios al apreciar la intención y los alcances de LAS RATAS: “La vida de uno de esos pueblos castellanos, pendientes del tiempo como de un hilo, en la espera angustiosa de la cosecha que ha de solucionarlo todo. Según como ésta se dé, marcharán a trancas y a barrancas o los corroerá la miseria. Junto a ella florecen la envidiaba enemistad, la flaqueza, las otras pequeñas miserias humanas”(Jesús Vasallo) (fol. 24).

Los grandes vicios y las eternas virtudes de estos cazurros castellanos aparecen en LAS RATAS con trazos -a partes iguales- de humor y de agua-fuerte. El Nini es una criatura de impagable inocencia, un pequeño milagro blanco que ha colocado Delibes en este suelo de arcilla seca y polvo quemado. Y el tío Ratero, en la sordidez de su cueva, es un personaje acorralado por la miseria, pero con un instintivo sentido de la libertad. No tiene más que lo que tiene, pero lo defenderá con uñas y con dientes. Siempre hay un rincón para el espíritu aunque a Delibes no le guste ciertamente hacer psicológicos buceos que podrían dar la impresión de que todo es un problema de desfases espirituales. “La progresión es hacia adentro”, se escribió en “Destino” acerca de LAS RATAS. Pero se parte para ello desde unos planos existenciales que son verdad, aunque a veces la pintura de los mismos se haga con esos indeclinables procedimientos de humor y de ternura que son

ya clásicos en Miguel Delibes. Delibes destruye Castilla como mito, sencillamente porque él no es un viajero de las realidades castellanas, como podían serlo los hombres del 98. Estas gentes están ahí y sufren con su actual y perviviente condición: “seres llenos de vida, pegados a los surcos, resecos como las cárcavas que en círculo mágico los había aislado del mundo” (José del Río Sanz). Quien quiera ver en LAS RATAS un libro demagógico, ha cometido el más intolerable de los errores. Porque Delibes no grita ni se desmelen. Tampoco echa la culpa a nadie sencillamente porque la tenemos todos, aunque cada uno deba compartirla en la medida en que le acechen y le pesen más -por oficio o por beneficio- estas crudas verdades.

En este sentido, la Castilla de LAS RATAS ha sido llevada a su más dolorida visión. Delibes no había incidido antes con tanta virulencia y ya nos ha dicho él la razón histórica por la que ahora se vio movido. Lo de antes - EL DIARIO DE UN CAZADOR, EL CAMINO... - había sido una forma progresiva de acercamiento. Delibes reconoce que él adopta siempre aptitudes de “paleto” frente a lo que desconoce o frente a lo que conoce mal. Y dice también que él no cree que esta sea una cómoda postura. O que, si lo es, él no la adopta por comodidad sino, sencillamente, porque es la única que le va a su condición de hombre que ignora muchas cosas. De lo que sí podría hablar siempre y con bastante autoridad sería de caza.

Le he preguntado por su ocurrente frase de que “la caza es más importante que la democracia”. Supongo que es una frase de humor:

“Pues sí, es una frase de humor. Pero para mí la caza es enormemente importante porque si yo no cargara la batería cada domingo, pues no podría vivir. De manera que para mí es en este sentido mucho más trascendente que la democracia. Yo tengo que aliviar esta tensión se- (fol 25) manal con estas fugas al campo bien sea a cazar o a pescar truchas. Pero como la naturaleza es tan sabia, el día que se cierra la temporada de caza se abre la de la pesca de la trucha. De manera que tengo garantizados todos los domingos, el esparcimiento de todos los domingos. En este sentido, la frase es humorística, porque desde un punto de vista social yo no puedo hablar así de la caza ni compararla con la democracia, pero desde un punto de vista personal, para mí es fundamental porque si no a estas horas ya tendría que estar encerrado en un manicomio. Esto es lo que quería decir con esta salida”.

Su padre le había regalado a Miguel la primera escopeta cuando el muchacho tenía 11 años. Su padre lo envenenó al muchacho con este tóxico del campo, de las piezas que corren por él, de la naturaleza que las pasta. A sus ochenta años, el viejo todavía subía gallardamente las laderas. Cuando Miguel Delibes dejó de ser el niño que aprendía y empezó a escribir libros importantes, era natural que el tema de la caza se le subiera a la imaginación más de cuatro veces. Lo bueno es también que, sin deformarla, dejándola en su más rabiosa y física verdad, se le haya convertido igualmente en un cauce literario con capacidad de sorpresa y símbolo.

- “Yo nunca pensé” escribir de caza. Lo que pasa es que a la hora de reclamarme los temas, pues me reclama Este tipo de cazador de la bicicleta y la perrita en el cajón y la ilusión de anotar las perdices que mata. Y así nació este Lorenzo de EL DIARIO que, como tipo, me parece el más español de todos los de mis libros: jactancioso, largo de lengua y corto de hechos, limpio... Pero después, ya enredado en este asunto y vista además la desidia con que se trata un problema que a mi juicio es muy importante porque hay muchos millones **-no en España, pero sí en Europa- de gente interesada en la naturaleza para la que lo de menos es matar, naturalmente, y lo que importa es patear el campo y descubrirlo cada día**³⁵, pues he hecho una serie de libros críticos, hasta ahora con poca fortuna. Porque la Ley de caza sigue siendo la Ley del tiempo de la carreta de bueyes. **Ahora, cuando uno va por ahí y ve cómo matan las perdices, que están criando, con un rifle de esos silenciosos de 22 mms., pues ante eso se encrespa uno. Y escribe, y escribe, y escribe...**³⁶ Pero como los señores de Madrid y los probombres tienen asegurados los hermosos cotos de Andalucía (fol. 26) y Extremadura, con seis guardas por coto, ¡qué les importan las revistas del Norte!... **De manera que es otra vez el egoísmo ése de que hemos hablado, pero llevada a la capa superior, que es aún mucho más nefasto porque estos hombres están obligados a mirar por el bien del pueblo. La democracia también es esto, aunque sea una dictadura. Pero no**³⁷. Estos dicen: “Hay más perdices que nunca”. Y en efecto, estos cotos bien guardados son gallineros. Pero las tierras de todos han sido esquiladas...”

Insisto en que Delibes se ríe burlonamente de los que lo acusan de instintivo y elemental en sus formas de ver los problemas. Ha renunciado a ser un intelectualista al uso. Y ha renunciado bien. Porque lo contrario sería snob y caricaturizaría a una de las personalidades más auténticas que tenemos entre nuestros escritores. Si a alguien va a parecerse Delibes el día de mañana en la historia de las letras españolas va a ser ciertamente a Baroja. Porque es tan sincero como él, tan lejano a ringorrangos como él y tan insobornable y directo como él. A Delibes le siguen interesando “los seres primarios, las bestias que con ellos conviven y los escenarios naturales”. Le gusta recordar una frase con la que lo definían Santerbas cuando dijo de él que “no es un escritor que caza, sino un cazador que escribe”. Quiero decir -aclara Delibes- que no es “que desdeñe los problemas que nos conciernen a todos, sino que al abordarlos rechaza el punto de vista intelectual y los planteo desde donde me corresponde, es decir, a bajo nivel, como podría hacerlo un campesino de mi tierra. Otra cosa sería traicionarme a mí mismo y defraudar a mis lectores” (PRÓLOGO al tomo II de sus Obras Completas).

35. Frases excluidas.

36. Palabras omitidas.

37. Frases excluidas en el artículo.

Y yo que pienso que éste ha sido el más genuino camino del arte español. Lo español ha llegado a cumbres universales de la estética en cualquiera de sus expresiones cuando hemos tenido hombres que han sabido encarnarse racialmente, instintivamente, en lo más propio de nuestra condición ibérica y, después, le han dado formas de perfecta adecuación. La picaresca española no fue otra cosa, ni fue otra cosa Cervantes, o Lope. Ni fueron otra cosa Velázquez o Goya. Ni en estos momentos es otra cosa ese último vástago de una familia de instintivos que es, en cine, Luis Buñuel. Toda imitación nos fue mal porque enseguida se nos veía el plumero. No se rechaza la “literatura”, sino que se la domina, se la amasa, se la convierte en medio de expresión y no en exquisito deleite al que se sacrifica todo lo inmediato. Delibes ha hecho en *EL DIARIO DE UN CAZADOR* uno de los más difíciles y arriesgados ejercicios literarios: desprenderse de toda ganga y asidero y quedarse en cueros vivos delante del lector. Lo único que hay aquí es esto: unos hombres, unas escopetas, el campo y la caza. Entre estos elementos, nada más y nada menos que “la vida”. Lo de (fol. 27) “pequeña obra maestra”, como alguien la ha calificado, me parece una pequeña tontería aunque entienda perfectamente la ternura que esconde el piropro. *EL DIARIO DE UNCAZADOR* es obra secretamente ambiciosa, aunque Delibes haya tenido el sobrio pudor de ocultarnos esta importancia. Pero la veía muy bien Ponce de León cuando escribía en “Ateneo”:

“De los aspectos sociales de EL DIARIO DE UN CAZADOR puede hablarse largo y tendido. Lo que de revolución social está sucediendo hoy en el modo de ser de las personas, tiene en las diferentes páginas de este libro un testimonio esbozado pero significativo... Y no se entienda mal, que no se trata de resignarse uno con su suerte y de achicarse a lo de arriba, sino de sentir que tan hombre soy yo como el rey y que no es cierto que el que esté más alto valga más; un sentir no subversivo, pero bravo, honrado, revolucionario. Hablando de esto, que es lo que más importa, dejo de hablar de la belleza y ardor con que la caza está vista y descrita por el cazador Delibes. Ya hay también su poco de revolución social, junto a su poco de humor, en el chasco que el lector se lleva cuando lee el libro después del título. Porque las palabras DIARIO DE UN CAZADOR suenan a aristocracia, desahogo, desocupación, ocio y deporte de rico. Mientras que el contenido es todo lo contrario: un personaje que se ha colocado de golpe entre las primeras figuras de la ya riquísima población de personajes que está fundando la actual novelística española”.

Lo cierto, además, es que Delibes no ha querido que este personaje de Lorenzo se le perdiera definitivamente cuando, al final de *EL DIARIO*, se le casa con la Anita, que era una chávala que lo traía loco. Lorenzo llevaba dentro mucha más pólvora que la que cabía en su escopeta. Era personaje para vivir, para ver cosas, para juzgarlas con sabia cazarronería. Y entonces Delibes se dio cuenta de ello y lo echó a andar.

Hay algo en esta andadura del Lorenzo que nunca le agradeceremos bastante a Miguel Delibes: su acierto de meterlo de repente en el mundo

multicolor de Hispanoamérica. La gran tradición novelística española se iba a cruzar con una realidad entrañable, ésa que creamos nosotros mismos más allá de los mares y que ahora crece sola ya y pujante con características personales. ¿Cómo surgió todo esto? ¿Por qué se llevó Delibes al Lorenzo nada menos que a las calientes tierras de Chile? Se lo he preguntado:

“Pues esto fue una razón circunstancial. Yo me metí en el avión con un ejemplar de EL DIARIO DE UN CAZADOR que, al salir, me llevó al aeropuerto un representante de “Destino”. Y en el viaje lo fui leyendo. No pude sustraerme ya a ver todas las cosas con ojos de Lorenzo: lo que diría Lorenzo en Río de Janeiro, lo que diría Lorenzo al ver la cordillera de (fol. 28) los Andes, lo que diría Lorenzo al ver al tío tal o al tío cual... Y sin darme cuenta yo fui enfrentando a Lorenzo (que era el libro que había leído en el avión y del que me había empapado porque lo acababa de escribir) fui enfrentándolo con todas las situaciones: los terremotos y todo ESO. Y de una manera «casi natural, cuando llegué aquí tuve que escribir EL DIARIO DE UN EMIGRANTE. Porque me divertía meter a este tipo en todos esos berenjenales. Y había además este tío de la Anita que bien podía pagarle el pasaje. Y en el libro pues me fui divirtiendo. Y cuando lo leo me hace gracia esa colérica furia que le invade frente a los chilenismos para terminar hablando en chileno sin darse cuenta con esas frases tan graciosas y tan expresivas. Había pensado seguir la serie. Es decir, traerlo de nuevo aquí después de esa experiencia americana y enfrentarlo ahora con esto que menospreciaría después de la vida de señor que en cierto modo ha pretendido llevar allá. Pero, en fin, no sé lo que haré”.

¿Mejor o peor esta segunda aventura del cazador castellano? Yo diría que es sencillamente distinta. Y creo que, hasta cierto punto, es peligroso acordarse de la primera. No porque el personaje no sea el mismo, sino porque a Delibes le ha crecido entre las manos y ahora se le escapa un poco. Como si el aire republicano que lo azotó allí le hubiera dado una especie de revulsivo independentista. El Lorenzo de Chile es más fanfarrón aún, se deja pisar menos los callos, habla con más elocuencia y está a punto de convertirse en un charlatán impenitente. ¿Pero no es esto mismo lo que sucede con la mayoría de nuestros emigrantes verdaderos? La raza del conquistador todavía no se ha extinguido entre nosotros. Y nos gusta no despersonalizarnos demasiado. Nos gusta conservar ese último resto de inaccesibilidad que es temperamental en nuestro genio. Pero a la vez, sufrimos la invasión del nuevo universo y, lentamente, nos desembarazamos de nuestro idealismo. El Lorenzo de Chile no se nos pierde del todo: conserva su sangre limpia, su recto sentido de las cosas y su honestidad a toda prueba. Pero se tambalea también, como todo hijo de vecino.

Este Lorenzo que viaja y ve cosas se parece mucho al provinciano que Delibes lleva dentro. Cuando diga que “como en casa, en ninguna parte”, ya no será él el que habla, sino el mismo novelista que se confiesa. Delibes es hombre de hogar, de pocas calles, de cosas muy cercanas y concretas. Y

las profundidades o las alturas le dan un tremendo vértigo. Necesita volver cuanto antes, encerrarse entre los suyos, sentir otra vez en la nariz el conocido olor de los mismos pinos y la humedad fragante de los mismos campos. “Provinciano de vocación, dice que es como un árbol que crece donde lo plantan”. Ha viajado mucho, es posible que todavía viaje mucho (fol. 29) más. Pero estoy seguro de que no va a engañarnos: jamás podrá vivir fuera de sus cosas sencillas e inmediatas. “Siempre que sale de Valladolid sea adonde sea, se siente como provisional”.

Lo que se trae de cada viaje es un libro. Le he preguntado qué predomina en él cuando viaja, cuando sale de su rincón. Porque -como en muchos- podrían darse en él las cosas más dispares: la curiosidad epidérmica del turista, la curiosidad comprometida y humana del visitante, el novelista...

*“Pues ésta es la verdad: hasta el momento lo que ha predominado en mí es la curiosidad del paleta. Es decir, que yo he ido a América dos veces (una vez a Sudamérica y otra a Norteamérica) y he hecho una serie de viajes por África y por Europa. Y siempre he ido con ojos de paleta, con ojos de hombre de pueblo que no ocultaba su asombro ante cosas que a un hombre que presume de vivido pues pueden parecerle normales. Pero ya últimamente, con ocasión de mi viaje a Checoslovaquia, mi curiosidad fue por otro lado. Es decir, que veo que el mundo está buscando una salida justa y duradera para su política y me interesé por el cambio que estaba operándose en Checoslovaquia. Me pareció que estaban tratando de hallar una fórmula valedera para mucho tiempo, pero, claro, estamos condenados a vivir entre paréntesis los pequeños pueblos. **Y aun cuando Checoslovaquia tenga cabeza de dirigente, como el otro tiene brazo de dirigente, pues puede más el brazo que la cabeza. Es decir, seguimos en manos de la fuerza. Y aunque decía Gandhi que la verdad es un arma más poderosa que la espada, la realidad es que eso será a la larga. A la corta no nos queda más remedio que agachar y obedecer**”³⁸. De manera que en este último viaje sí predominó una preocupación y un interés de tipo político, **interés que nunca me faltó aunque yo no sea político de hecho y no tenga la menor ambición política. Es decir, considero la política como un mal menor y necesario, como una necesaria organización de una sociedad. Pero, en fin, pienso que esta manera de sofocar la rebelión en Praga se volverá contra el brazo ejecutor. El mundo está lo suficientemente maduro como para no admitir estos ídolos impuestos ni estas situaciones tan tensas. En la misma Rusia surgirán revisionistas del sistema**”³⁹ Y cuando pienso en optimista (que suele ser por las mañanas) creo que encontraremos*

38. Frases excluidas del artículo de 1970.

39. Frases omitidas en el artículo de 1970.

esta luz y esta justicia. Pero cuando pienso en pesimista (como en los crepúsculos vespertinos) me parece que acabaremos dando con la cabeza en una piedra”.

UN NOVELISTA DESCUBRE AMÉRICA

Estos libros de viaje son la versión más seria de un Delibes periodista, de un Delibes atento a la humana vicisitud de las cosas. Es ésta una dimensión de su perso- (fol. 30) nalidad que habrá que estudiar detalladamente algún día. Por de pronto ya hay cuatro o cinco libros de viaje (PRIMAVERA EN PRAGA, EUROPA PARADA Y FONDA, USA Y YO, más ese DIARIO DE UN EMIGRANTE) con los que se puede empezar a componer una carta de marear en la obra de Delibes.

-¿Qué es exactamente USA Y YO?

-“Pues USA Y YO es un ejercicio en que el que, como diría, he pretendido apresar las actitudes y las costumbres más notorias del pueblo americano con la visión de paleta que le decía anteriormente. Es decir, que aquí no he calado porque es muy difícil profundizar en este problema del imperio económico yanqui y he abordado desde un punto de vista muy humilde y modesto el problema del negro, de la integración del negro, problema evidente desde el momento en que el negro fue llevado allí no por su propia voluntad ni como colonizado, sino que fue un ayudante en los trabajos más duros. De manera que ahora, les guste o no, yo entiendo que es un problema arduo, pero que tendrán que resolverlo y en estricta justicia para el negro. Encontré, en efecto, -y eso lo vi en la calle- que aunque la Ley de Derechos Civiles, que Kennedy dejó montada y fue aprobada después, es un hecho, la realidad es que nada de esto tiene aplicación. Si un negro llega ante un grupo de casas habitadas por blancos y se empeñan en hacerle la vida imposible al pobre negro, evidentemente se tendrá que marchar. Porque todos alguna vez necesitamos una cebolla o necesitamos un poco de azúcar para el desayuno y la buena vecindad nos obliga, cosa que además hacemos con mucho gusto. Pero si se niega la conversación, el saludo, la cebolla, el azúcar, pues este hombre, si se le hace este tacto de codos por los blancos, se tendrá que marchar. De manera que aun cuando el problema políticamente se dé por resuelto, socialmente dista mucho de estar solucionado. Yo no me podía meter con este problema a fondo. Por eso, algunos han tratado este libro de superficial. Aquí, los antinorteamericanos a ultranza se han metido conmigo ya que decían que yo estaba vendido a Kennedy. Como lo hizo el bueno de Juan Aparicio, sin darse cuenta de que al pobre Kennedy, que ya no existía, yo no me podía vender. Pero decía una de estas tonterías: que era un homenaje del señorito vallisoletano al señorito bostoniano. Claro, este Aparicio ignora muchas cosas. Y yo le contesté. En ARRIBA tuvieron la gentileza de publicar mi contestación a este señor. Le dije simplemente que

siempre era mucho más de admirar el hombre que, teniendo dinero, servía a su país hasta la muerte, que el tipo que no tenía dinero y se servía de su país para tenerlo, **que en cierta medida es el caso de Aparicio, que era un hombre oscuro y se aprovechó** (fol. 31) **de las circunstancias del país para levantarse. Este hombre lo mejor que puede hacer es callar porque además tuvo durante veinte años atenazada a la prensa española. Recuerdo yo todavía el tiempo en que llegaba una consigna de Aparicio que decía: “Veinte artículos sobre la escasez de aceite en España”. El hecho, primero era una mentira porque lo único que teníamos era aceite y naranjas, pero había que demostrar que había una gran escasez de aceite para justificar la venta al extranjero y tener unas divisas. Cuando era mucho más sencillo decirle al pueblo: Tenemos necesidad de unas divisas y hay que vender parte del aceite, de manera que a apretarse el cinturón y a tomar menos aceite. Pero no. La prensa tenía que hacer veinte artículos seguidos, consecutivos, diciendo que en España no había aceite y teníamos que resignarnos a tomar menos aceite**⁴⁰.

En fin, éste fue uno de los hombres que se metió con este libro. Que uno se puede meter con él por muchas razones, pero no se puede venir a decir que yo era un estómago agradecido, cuando yo no había sido invitado por el Departamento de Estado. Esas invitaciones yo no suelo aceptarlas. Acepto invitaciones de Universidades, bien sean de América o del Este, pero una invitación del Estado no me gusta. No me parece mal que otros las acepten, pero a mí no me gustan porque creo que le obligan a uno en cierto modo, o, por lo menos, un mínimo concepto de dignidad le impide a uno decir ciertas cosas.

En los Estados Unidos hay también ciertas personas que se han enfadado porque estiman que al hablar de la insolidaridad del pueblo americano (su vida cerrada, su aburrimiento, los viejos abandonados - eso sí, en magníficos asilos, ¿verdad?, la muerte disfrazada, cómo pintan los muertos para olvidarse de que están muertos...) creen que les he molestado. Yo creo que es un libro simple, sencillo, de viajes, pero que de alguna manera es divertido y es informativo de lo que son los Estados Unidos. No en sus grandes problemas, pero sí como visión general del país. En fin, el caso del tonto de pueblo que llega allá y se encuentra con este país tan evolucionado”.

De esta “mirada de paleta” tan frecuentemente aludida por Delibes no se puede concluir que al novelista le tengan sin cuidado los problemas que ve. Ni absentista ni intelectualoide. Delibes vive con sincera pasión la intranquilidad y el desequilibrio de este tiempo. “Creo que el novelista nace para reflejar el pedazo de tierra que le cae en suerte”. Un pedazo de tierra en el que viven -bien o mal- unas gentes y unas cosas. Cuando Delibes in-

40. Frases excluidas.

siste en su condición de hombre pesimista, lo hace (fol. 32) porque le pesan con amargura no sólo las sombras psicológicas del dolor o de la muerte, sino también estas concretas realidades que nos acosan a todos creándonos un tiempo de inseguridad y crisis. Me decía Delibes:

*“Soy consciente de los gravísimos problemas que el mundo tiene planteados: esta amenaza atómica, este conflicto civil que todavía existe en España pese a lo que se habla acerca de la unidad, **cosa que es absurda**⁴¹. Hay una serie de discrepancias que es necesario encauzar. Y la situación religiosa lo mismo. A mí me duele, por ejemplo, el terrible problema que se le presenta a Pablo VI. Nos dicen que se ha vuelto conservador. No lo creo. Lo que pasa es que el problema, para una conciencia sensible, es durísimo. Este hombre no quiere perder ni a los conservadores, ni a los de vanguardia, ni a los avanzados. Y claro, como es el número Uno, es el Papa, él lo sufre y a él le duele y él lo vive. Y yo comprendo muy bien su actitud indecisa y a veces vacilante. Es muy lógico que quiera conservar a todas sus ovejas. Yo me hago cargo de esto. Pero también, como cristiano más o menos evolucionado, me duelen ciertas situaciones que perduran y perviven. Y además, los anatemas que nos sueltan desde el púlpito a los cristianos, diríamos, conciliares”.*

5 HORAS CON MARIO es la novela de Delibes que recoge estas inquietudes dolorosas. A estas alturas de la contradicción en que estamos viviendo, se dice Delibes, necesario contrastar personajes. Aquí han pasado muchas cosas y no todos pensamos sobre ellas de la misma manera. Pero convendrá que, al menos, conozcamos estas formas de pensamiento. Y Delibes hace que muera Mario, lo tumba en el lecho horas antes de su entierro, enfrente a Carmen, su mujer, y la hace hablar hasta el agotamiento, ¿Significa algo que este hombre este muerto ya? Porque, en definitiva, es alguien que no puede responder, es alguien cuya vida va a ser evocada por el monólogo atosigante de Carmen. ¿O todo obedece sencillamente a unas exigencias de procedimiento narrativo?

En 5 HORAS CON MARIO Delibes no ha querido abandonar la forma estilística que le había dado tan excelente rendimiento en los DIARIOS: un personaje habla desde sí mismo. Tiene buenos ojos, una memoria afiladísima y una sagacidad de observación admirable. Podíamos decir que el Lorenzo de los DIARIOS era Delibes. Pero no puede ser Delibes esta mujer “tradicionalista, amarga, ambiciosa, egoísta” que es ya viuda de Mario, aunque el dolor no se le note demasiado ya que se ahoga fácilmente en el cálculo y en la invectiva. Delibes es más bien ese hombre silencioso que se ha cansado de hablar, que se ha muerto porque le da la gana y que ahora permite que otros -la mujer- desentrañen su vida y la sometan a juicio irrefutable. Como lo ha (fol. 33) definido Hickey, este Mario es un hombre “avanzado, postconciliar, honrado, caritativo, preocupado por la mejora religiosa, social, política y cultural de su país”. Además es periodista y catedrático.

41. Tampoco aparece en la Conversación con Miguel Delibes.

tico, ha sido expulsado de un periódico, cree que todos los hombres son iguales, no encuentra excesivas diferencias entre los puestos a que debe aspirar un hijo de pobre y un hijo de papá-bien, está de acuerdo con los curas que claman por un Evangelio social y es lo suficientemente humilde como para aceptar sus derrotas y sus fracasos. ¿Humilde o escéptico? De 5 HORAS CON MARIO puede deducirse cualquiera de las dos cosas.

La novela se reduce pues, a un soliloquio amargo de la mujer mientras vela el cuerpo del marido. Delibes ha escrito una obra perfecta. Desde el punto de vista formal, posiblemente la más perfecta que ha escrito hasta el momento. Su lenguaje ha llegado a una seguridad casi infalible: expresividad, economía de medios y de recursos, absoluta impresión de que está diciendo lo que quiere y con las únicas palabras admisibles. No se trata sólo de logros intuitivos, como muchos maliciosos podrían sospechar a la hora de negarle a Delibes el pan y la sal. Delibes ha ido progresando tercamente, lúcidamente, desde su primera novela hasta ésta que, por ahora, es la última. Y da la impresión de que, al menos mentalmente, ha sido corregida con esmero: supresiones, incisos, frases colgadas, anacolutos... Delibes tiene aquí más "oficio" que en cualquiera de sus obras anteriores. Y se le nota, para bien del lector.

Pero por encima de estas excelencias literarias, 5 HORAS CON MARIO es la novela española que más se acerca a una visión preocupada y universal de los problemas nacionales: religión, desencuentro de generaciones, arribismos políticos o sociales, oscuras ambiciones, zancadillas, liberalismos ideológicos, tradicionalismos caducados, abandonos y miserias. Y esa existencia de algún que otro quijote que piensa aún -y lucha por ella- en la posible redención de esta tierra nuestra. De nuevo podríamos decir que Delibes ha encontrado el cañamazo preciso para bordar en novela lo que en un periódico sería difícil poder expresar sin ser llamado de nuevo al orden.

Las últimas palabras de Delibes acerca de 5 HORAS CON MARIO y cuando ya me despedía de él en su casa de Valladolid, paseo Zorrilla 7, fueron éstas:

"Pienso que quizás el viejo fanatismo español se ha suavizado un poco en las nuevas promociones a las que no se les ocurrirá volver otra vez a la dialéctica de los puños y las pistolas. Pero de todas maneras el país tiene planteada una disyuntiva muy ardua. Disyuntiva que es general a todo el mundo, pero, en fin, mientras los franceses ya han digerido su revolución del XVIII y del XIX, nosotros todavía no la hemos hecho. De manera que el problema se plantea igual pero en límites mucho más elementales y en un nivel cultural mucho más bajo, de forma que es también mucho más peligroso por esto". (fol. 34).

Delibes se ha puesto extrañamente grave cuando ha pronunciado estas palabras. Me da la impresión de que se le ha roto de repente esa vena del humor -dolorido, pero humor- con que solía atar todas las cosas, 5 HORAS CON MARIO es el libro más serio de Delibes. Posiblemente está embargado

por la presencia de ese muerto que hay por medio. Ojalá este muerto y esta seriedad no sean un símbolo del futuro.

Eduardo T. Gil de Muro (rubricado).

CONCLUSIONES

Nunca un título *Larga conversación con Miguel Delibes* expresa tanto. En el artículo publicado en 1970 el título es: *Conversación con Miguel Delibes*. Los editores de la revista: *Reseña de literatura, arte y espectáculos* le quitaron entre otras cosas el adjetivo de *Larga*. Y a fe que dieron en el clavo. Pues la publicada hace más de cincuenta años solo muestra, y de manera parcial, la entrevista propiamente realizada por Gil de Muro a Delibes. Quitaron sus introducciones que aquí transcribimos y que sirven para entender en su integridad las preguntas de Eduardo y las respuestas de Miguel.

También es un artículo típico de una época de Dictadura, es un artículo censurado y tergiversado en algunas de las respuestas que Delibes da a Eduardo. En su lugar las vamos describiendo. Se omiten los nombres de Manuel Fraga Iribarne y de otros personajes del régimen. Pero la frase magistral que es eliminada, es cuando, genialmente, Delibes afirma que Rusia y España son dos dictaduras... Otra frase que define espléndidamente al escritor pucelano es: "*Un creador debe tener una libertad mucho más amplia*". Mostrar la libertad de creación de un autor, no era un principio que pudiera ser admitido en época franquista.

La virtud principal del escrito de Eduardo es la combinación entre el estudio del autor y su obra, que sirven como introducciones y hasta aclaraciones, a las preguntas que luego va a realizar. Mezcla la entrevista con un breve ensayo de la obra publicada por Delibes hasta este año crucial en la historia, 1968.

Es un trabajo de investigación escrito por un alumno de la Escuela de Periodismo sobre un escritor reconocido en España, y que lo empezaba a ser en el extranjero. Este artículo que yo escribo para esta Revista de Investigación *Berceo*, quiere también mostrar y demostrar cómo hay estudiantes universitarios que realizan buenos trabajos, que luego o son publicados parcialmente, o ni siquiera llegan a serlo.